

FINA CASALDERREY

¿SOBREVIVES?



Lectulandia

Francisco Sánchez Loiro acude frecuentemente al despacho del director, y rara vez se trata de visitas de cortesía. Cada vez que escucha su nombre por la megafonía del colegio, se infla de orgullo, aunque sabe que no le espera nada bueno. Pero también sabe que todas las miradas están pendientes de él, y eso le gusta. Fran no tiene miedo a nada, o eso dice. Cuando se entera de que su amigo Cali tiene problemas con las drogas, decide estar cerca de él y ayudarlo. Descubre el desconocido mundo de la drogadicción y las dificultades que supone salir de este infierno.

Lectulandia

Fina Casalderrey

¿Sobrevives?

ePub r1.0

XcUiDi 18.12.2017

Título original: *¿Sobrevives?*

Fina Casalderrey, 1998

Editor digital: XcUiDi

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

*A Marcos y a Vanessa Sánchez Saiáns,
que me prestaron sus podencos.
A Natalia y a Malós, primeras lectoras de primera.*

Prólogo

El sol, que se halla en el cenit, hiere vengativo la piel de los transeúntes en las primeras horas de la tarde. Una escena se repite por enésima vez en la cafetería del instituto. A pesar de su frecuencia, sigue sorprendiendo a los habituales clientes del bar. Francisco Sánchez no ha dejado de intrigarlos desde la primera ocasión en que la megafonía extendió en un eco de ondas su nombre completo, Francisco Sánchez Loiro, dejándolo resonar en el interior del local.

Su reiterada mala conducta, sus extrañas amistades, su obsesión por la caza, el resentimiento oculto y las absurdas reacciones del joven, unidos a la inquietante vivacidad de sus enormes ojos, no han dejado de sorprender a profesores y compañeros. Es una permanente mancha negra que se resiste a desaparecer.

No resulta fácil descubrir las verdaderas raíces de su aparente agresividad, de su carácter inexplicablemente desabrido, rebelde; de ese raro estado de apatía y descontento en el que ni siquiera el miedo puede penetrar, ese estado que mezcla el estupor con la curiosidad y le impide encontrar respuestas. Es la suya una mirada náufraga que trata de orientarse en el intrincado bosque de sus ideas, y que refleja una angustia sorda y callada, disfrazada de valentía.

¿Qué circunstancias inciden en su mente para que se muestre tan dolido, tan ofensivo, siempre en guardia, cuando, tiempo atrás, su gran sensibilidad le permitía otro tipo de rebeldías? ¿Por qué esa flecha de fuego, ese dardo en su mirada oscura? ¿Qué fantasmas han invadido su infancia? ¿Por qué esas reacciones contradictorias? ¿Cómo se puede disfrutar con la violencia y al mismo tiempo desear devolver las flores prisioneras en los jarrones a su jardín? ¿Cómo se puede sentir tristeza por las frutas caídas de los árboles sin haber madurado y experimentar a la vez deseos de matar?

Francisco necesita pactar con su alma, no llevarla apresada con cadenas. Debe escapar del peligro que lo cerca y del que él mismo no es consciente. Está necesitando algo que lo obligue a reaccionar, que lo aleje del borde de ese precipicio por el que se pasea constantemente sin darse cuenta de que está demasiado cerca. Su vida es tan agitada y dispersa que se parece a un enjambre de abejas que hubieran sido importunadas en el interior de su colmena.

El director del instituto, que ya está al tanto de la última provocación, decide una vez más cargar un cartucho, el último cartucho, e indagar en las razones que impulsan a Francisco a comportarse de ese modo, aunque tenga que concertar una alianza para forzar un giro copernicano. La suerte está echada.

Primera parte

1

Creo que desde mi llegada a este instituto me las he apañado bien para resultar intrigante. ¿Por qué soy así? La verdad es que no lo sé. Si pudiera sería como todos, pero no puedo. A estas alturas ya es imposible que no me consideren un alumno especial. En el fondo, eso es lo que quiero: destacar, ser diferente. Como yo no hay dos. No soy mejor ni peor, soy como soy y punto. Soy... soy sólido como la espada Excalibur. Todos somos lo que queremos ser, y yo deseo ser un ave fuerte que domina las alturas y anida donde le da la gana.

Demasiado bien sé lo que se me viene encima ahora, y deseo que suceda cuanto antes. Ya podían llamar de una puñetera vez. En cuanto la megafonía empieza a sonar zumbando en los oídos como un abejón amenazante y la cafetería enmudece, las conversaciones automáticamente se detienen en los labios y todo se queda en silencio; ese es el momento más emocionante. Justo entonces, cuando por todos los rincones resuena una voz de anuncio de vuelo en plan cabreo: «Francisco Sánchez Loiro, de 2.º B, pase urgentemente por dirección; el director quiere hablar con usted». En ese preciso momento yo me inflo de orgullo, me levanto lentamente y camino erguido con andares de pavo real, procurando que quede bien claro que el aviso va por mí en exclusiva y, ¡tío!, qué bien me sientan todas esas miradas interrogadoras a mi alrededor, esas miradas que me excitan y me fortalecen, esas miradas que ahora todavía se muestran indiferentes ante mí. De repente las atraigo formando un campo magnético del que ya no se puede escapar, y camino lentamente para que nadie se pierda detalle y aquellos que todavía no me conocen, los que aún no saben mi nombre, lo retengan en su memoria para siempre: Francisco Sánchez Loiro, alias *Moni*, como me llaman mis amigos, que no son pocos. Tengo muchos amigos, aunque a veces dudo de que todos me quieran. Eso sería muy grave; para mí la amistad es lo primero y el trabajo lo último. ¿Amigas? También tengo amigas, aunque... bueno, ese es otro tema. Con las amigas la cosa tiene más peligro: si todo se queda en el sexo no pasa nada; si entra en juego el amor, el asunto se complica. El amor puede ser algo muy bueno o muy jodido. Hay quien se suicida por amor, y eso ya no me mola.

2

Me sé de memoria lo que me dirá el director en cuanto llegue a su despacho. En más de dos años no se ha actualizado nada.

—Bueno, Fran; siéntate, por favor, y dime lo que tengas que decirme. Tú tienes algún problema...

Qué problema ni qué carajo, que yo no tengo el sida, ni me falta dinero, no soy drogadicto, mi padre no está en el paro (al contrario, tiene dos empleos y cuando llega el mes de junio, con lo de la declaración de la renta, se pone eléctrico), no paso hambre, tengo montones de amigos, ¿qué problemas voy a tener? Ninguno, no tengo ningún problema. Y venga a insistir, dale que te pego: que si eres distinto de la mayoría, por narices tiene que pasarte algo. Pues no, no me pasa nada.

Soy mal hablado, la verdad, pero es porque quiero, porque me gusta y me da la gana, porque me sale de los pinreles. A mí decir animaladas una detrás de la otra me produce el mismo efecto que si me tomara una pastilla para los nervios, me relaja. Que no me pasa nada, ¡joder! Y si quiero digo «mierda» cien veces seguidas, como le hice a la tía de Lengua con el diálogo de marras.

—Vais a escribir un diálogo entre una gallina y un zorro.

¡Qué solemne estupidez! Entonces yo voy y le lleno dos folios con *come gallina, no quiero, come gallina, no quiero*, hasta que al final el zorro le ofrece canicas y la gallina come, claudica.

Cuando me tocó leerlo, toda la clase estalló en una carcajada colectiva, que eso era lo que yo quería, y va la mamona esa y me pone a parir diciendo que mi diálogo es absurdo. ¿Acaso no era absurda la propuesta? ¿Es que hablan las gallinas? ¿Hablan los zorros? ¡Pues entonces!

A esa tía es que no la trago. Habría que aplicarle el método ese del carbono 14 para averiguar los años que tiene; es un fósil del carajo. Me pone enfermo cada vez que se coloca los tirantes del sujetador. Me entran ganas de ir allí y colgárselos de las orejas para que se esté quieta de una puñetera vez y pierda el miedo de que se le caigan al suelo. No soporto que la gente se toque ciertas cosas en público. Esta además se barniza la cara, se echa una capa de pintura permanente, o varias capas, una sobre otra, que le dan aspecto de droguería ambulante o de mujer de anuncio «antes de». Para lo de «después de» esta no sirve, es un adefesio. Tiene la boca tan grande que parece que se la hubiesen estirado artificialmente con un molde. Me encantaría machacarla, pero este año la jodí bien jodida. Desde que entré en este instituto la tía no paró de provocarme, y todo porque me dejé el pelo largo. Desde el principio me propuse destacar en medio de esta pandilla de *heavies*, quería hacerme notar, ser raro. ¿Por qué? Sería difícil de explicar, ni yo mismo lo sé muy bien. ¿Por qué le toca la lota a un tío sólo si todos han podido elegir esos mismos números? Quizá es que me gusta marcar mi manera de ser a través de mi físico. Mi padre no me dice nada y la amargada esa venga a meterse conmigo, igual que un mosquito en una

noche de verano.

—Sánchez Loiro, tiene que cortarse el pelo. Esa melena es antihigiénica.

¡Menuda gilipollez! ¿Y las chavalas que llevan el pelo largo, con lo buenas que están algunas? ¿Son todas unas puercas?

Estuvo machacándome así durante dos años, pero yo también la machacaba a ella por el procedimiento de no hacerle ni puto caso. Al fin se rindió. Claudicó como la gallina. Entonces me corté el pelo. Al principio éramos varios los que nos lo habíamos dejado crecer, pero poco a poco todos fueron haciéndole caso. Sólo quedamos dos. Cuando me vio con el pelo corto se hizo la tonta. Soltó una risita de oreja a oreja. Pero yo sé que se quedó fastidiada. Se vio bien claro que no lo había hecho por ella sino porque me salió de las pelotas.

¡Y qué mala letra tiene, tío! Cuando escribe en el encerado no hay dios que la entienda. Si le preguntas qué pone no te hace ni puñetero caso. Yo creo que ni ella lo sabe y que escribe así para que no nos demos cuenta de sus faltas de ortografía. Algunas veces dice: «¡Está clarísimo!». Pues será para ella.

A esa he de acabar domándola como hice con el de Diseño. Otro que también se ponía chulo, pero ahora... ¡Incluso me aprobó en septiembre! ¡Y sin haberle presentado ni una lámina! Sé dibujar cien veces mejor que él.

Yo hacía los dibujos en folios sueltos. ¡Pero qué dibujos, tío!

—Francisco, estos dibujos están bien, pero pésimamente presentados. Los tienes que pasar a láminas decentes si quieres que te apruebe.

Y los pasé. Casi me quedo sin dormir una noche entera, pero los hice todos de nuevo. Cuando me entraba el sueño me frotaba los ojos, les echaba un poco de agua, y venga, a terminar las láminas. Me quedaron de puta madre. Por la mañana me levanté con una pájara que ni la de Induráin en el sexto *Tour* y me olvidé los dibujos en casa. Al llegar a clase se lo dije y le pedí que me dejara entregarlos al día siguiente. No me creyó. Me suspendió aquel primer trimestre. En venganza, los otros dos no rasqué bola. Él me conocía, sabía que en primero le había hecho unos dibujos flipantes.

Como después del día de marras yo no pegaba golpe, el tío siempre estaba preguntando a ver quién era capaz de hacer de varias maneras una de aquellas gilipolleces que ponía en el encerado. Si por ejemplo él tenía anotadas tres soluciones, iba yo y lo hacía de cinco maneras diferentes.

—Y sé más, pero ya estoy cansado —fardaba yo.

También nos pedía que trazáramos planos de edificios, como si estuviéramos estudiando arquitectura. Él había estudiado esas cosas y lo hacía para presumir de lo mucho que sabía. A nosotros, que íbamos para cocineros, maldita la falta que nos hacía todo eso. No es por presumir, pero tanto en lineal como en artístico, yo era el mejor de la clase, aunque tengo que reconocer que soy un poco chapuzas. Él sabe que yo dibujo bien, pero llegó la hora de dar las notas y me suspendió. Puso en el boletín por comportamiento no sé qué. Cuando vi aquel suspenso en junio, lo reté como si

fuera un duelo entre caballeros medievales:

—Cuando quiera quedamos usted y yo y hacemos una competición a ver quién dibuja mejor —me puse tan chulo que le dije más de cuatro cosas— lo que pasa es que usted es un acomplejado, que no sabe dibujar ni poner orden en la clase. No tiene ni zorra idea de enseñar dibujo y aprueba a quien le da la gana.

¡Yo qué sé lo que le dije!

Él, nada, agarró un cabreo, se puso de los nervios y tuvo que ir al médico, al psicólogo, creo; a uno de esos me quería mandar a mí la de Lengua, cuando en realidad la loca es ella, que tenía manía persecutoria contra mi melena.

En clase había otro tío que también las hacía finas; ese no sabe dibujar. Luis, el otro melenas. En el tercer trimestre, como ya nos había dicho que estábamos suspensos, nosotros pasábamos de todo, con los pies encima de la mesa, lanzando tizas, tirando papeles, haciendo caricaturas del profe y enseñándoselas a los demás... Nos echaba de clase a uno tras otro. Cuando el último en salir llegaba a la cafetería, se armaba un buen pitorreo.

—¿Tú también? —Y nos descojonábamos de risa.

Yo pensaba: «Me suspendes injustamente, pero te vas a enterar». Y vaya si se enteró; aunque yo creo que el tío en el fondo me tenía cariño. A veces me decía:

—Francisco, ya sabes que yo te aprecio, sé que eres buen dibujante. ¿Por qué no trabajas en mis clases? ¿Te caigo mal?

—No es que me caiga mal, es que no me sale de dentro trabajar —le soltaba yo.

Estaba muy dolido con él por el suspenso de la primera evaluación. Por cierto, que una de aquellas láminas me había dado mucho trabajo; era un comedor a escala y me había quedado perfecto. Estaba jodidísimo. Después de eso fue cuando me dediqué a no hacer nada. Me convertí en el hada madrina de los otros delante de sus propias narices, pero mis trabajos, ni tocarlos.

Me decían: «Fran, ayúdame a hacer esto», y yo los ayudaba.

A veces también me lo pedía él:

—Ya que no haces nada, por lo menos ten un poco de compañerismo y échales una mano a estos. Explícales algo.

Yo les iba explicando, y algunos aprobaron.

Llegó septiembre y yo no había hecho nada en todo el verano. Sabía que iba a repetir segundo y ya no me importaba suspender una más. Me aprobó.

—Francisco, tú sabes por qué te he aprobado, ¿verdad?

—Dígalo usted por qué me ha aprobado.

Yo es que alucinaba.

—Porque me consta que sabes dibujar.

—¡Bastante mejor que usted!

Y él se rió con ganas. Y esta vez ni siquiera le había entregado láminas ni nada.

3

¡Hostia! Han pasado cinco minutos desde que sonó el timbre y todavía no ha salido mi nombre por el chisme ese, y ya se me está calentando la sangre. A ver si me empiezan a fallar los cálculos. Yo soy Francisco Sánchez Loiro y mi nombre se tiene que extender como un perfume entre los institutos de la zona. Se creen que me asustan y van de culo. Que me llamen por megafonía no me hace temblar ni me da taquicardia. A mí como si me amenazan con que me voy a condenar en el infierno, como no creo en nada de eso... Yo soy ateo, o agnóstico, algo así. Tito también. Pero él no se atreve a decirlo por ahí, tiene miedo de que se entere su madre. Yo a mi padre ya le he dicho que no creo en Dios, y no dijo ni pío. A la que le pareció mal fue a mi abuela, pero que se aguante. Yo no creo en nada, en nada, pero en nada. Me tuve que hacer fuerte y me hice fuerte. Ahora creo que no hay nada que me pueda quitar el sueño o que haga que me tiemblen las piernas. Bueno, lo de esta mañana me acojonó un poco, pero ya ves, al final seguro que sólo me llaman a mí. Claro, en lo único que se fijaron fue en que yo salía a toda velocidad del aseo de las chicas y que ellas gritaban histéricas. ¡Me cago en la leche! Lo que más me jode es que me quedé como un gilipollas y, además, ahora no me saco de la cabeza que puede haber sido una tomadura de pelo que nos quisieron hacer.

¡Venga, que me llamen de una puta vez! Yo no le tengo miedo a nada, ¡a nada! A mí me da igual vivir o morir. Creo que ya he visto todo lo que hay que ver. He vivido muy deprisa. ¿Sabes lo que no me gustaría? No me gustaría morir lentamente; pero si es así, ¡zas!, de repente, como aquel pájaro que chocó contra el parabrisas del coche de mi padre, de esa manera no me importaría. Primero fue libre y anduvo por donde quiso y después ¡zas!, en un soplo se fue, sin darle tiempo a llorar. ¡Llorar! Ésas son mariconadas de los débiles. ¡Hace años que no suelto una lágrima! Seguro que ya ni las fabrico. No lloro desde... ¡Yo qué sé! No lloro desde que era un niño pequeño. Ahora, con diecisiete años, ya me dirás, sería patético. Yo siempre he tenido algo de pájaro, me gustaría lanzarme desde el pico más alto del planeta y volar.

4

Que conste que, a pesar de mi fama, yo nunca he hecho daño a nadie que no hubiera empezado el primero. Bueno, sólo lo de las trampas para cazar zorros y en las que

únicamente caían los gatos de los vecinos. Ni siquiera fui yo el responsable directo de hacer desaparecer los pollos para dárselos de comer a mis perros, y eso que mis perros son lo único realmente importante de mi vida. Incluso cuando el Pecas estuvo a punto de palmarla, yo lo que hice fue sin mala intención. Entonces sí que fue puro acojone. ¡A cualquiera que le pasara, tío!

Habíamos ido a robar cerezas a la huerta de los de la Taberna de Arriba, allá en el Souto, una de esas aldeas de mierda cerca de mi pueblo de mierda, que ni siquiera tiene instituto ni discotecas ni nada, pero que es el sitio donde más me gusta estar. Allí están mis amigos. Si juntásemos unas cuantas mierdas como esta, con todo el espacio libre respiraríamos mejor. Aquel día fui con los gemelos, los hermanos de Tito: el Pecas y el Lengua Ligera, que es el mayor; le lleva cinco minutos al Pecas. Nos gusta ponernos motes: el Pecas tiene la cara a lunares, y al Lengua Ligera le llamamos así porque le cuentas algo y en dos minutos ya lo sabe todo el pueblo. Parece una lata con agujeros...

El caso es que nos subimos a unos cerezos que están junto a una fuente que los de la taberna tienen en su finca. Aparecían tan cargados de cerezas que, sólo con mirarlas, aquel color te abría el apetito. Trepamos por el tronco central y pudimos comprobar que las cerezas no sólo eran hermosas, ¡estaban buenísimas! Aunque me sujetaba a las ramas bajas, confieso que sentí un poco de vértigo. El Pecas se había subido a unas más altas, en medio del cerezo.

—Pecas, no subas por ahí. Las ramas están podridas. Mira que si se rompe alguna nos pueden pillar.

—¡Madre mía! Esto está a tope, tío —fue la respuesta que me dio.

Se entusiasmó de tal manera comiendo cerezas y metiéndolas en una bolsa, que no se dio cuenta de que entre comer y cargar iba aumentando de peso. ¡La leche! Se cayó. Yo quise echarle una mano, incluso le rocé un poco la ropa, pero nada. Se cayó de espaldas encima de un cepo de partir leña. Y allí se quedó, tieso como un muerto. Bajé a trompicones. Por poco me caigo yo también. Me acerqué y allí estaba tirado, con los ojos en blanco. Echaba espuma por la boca y se retorció en convulsiones. Llamé a Lengua Ligera, que se había subido a otro árbol.

—¡Date prisa, que tu hermano está muy mal!

Y el tío se echó a reír. El muy imbécil no se lo creía. Pensaba que estábamos burlándonos de él y tomándole el pelo. Y yo tuve que decirle:

—¡Cacho cabrón! Ven aquí que te voy a calzar una hostia, que tu hermano está mal.

Se acercó y... ¡la leche! Yo llevaba una gorra y lo primero que se me ocurrió fue ir corriendo a la fuente, que estaba allí al lado, llenar la gorra de agua y echársela por la cabeza. Y así varias veces como si fuera una competición olímpica de relevos. Se la echaba de cualquier manera, por donde caía. No sé cómo no se ahogó. Quería salvarlo y me sentía impotente. Si fuera ahora, supongo que reaccionaría de otra manera, pero entonces, tío, estaba acojonadísimo, como trastornado. Hasta me dio

por meterle cerezas en la boca. ¡Qué sé yo! Me volvía loco. Debía de ser para ver si reaccionaba. Él, ¡plaf!, ¡plaf!, las echaba fuera con la lengua, de mala manera. Yo insistía, pero nada.

—¡Come, Pecas! ¡No me jodas! Come de las mías que están maduras.

Como dos estúpidos, el Lengua y yo decidimos esperar a que se hiciera de noche para que no nos viera la gente que estaba por allí trabajando en los campos. El día era espléndido, pero nosotros deseábamos que se transformara en una de esas tardes grises de nubes negras que amenazan lluvia. Queríamos que oscureciera pronto para poder llevar al Pecas a su casa. Mientras, allí tumbados en el suelo, esperábamos que el sol se apiadase de nosotros y se largara de una vez dejando paso a las sombras. Así estuvimos la tira de tiempo. Teníamos mucho miedo de que nos riñeran por haber ido a robar cerezas y de que nos culpasen por lo del Pecas. Si fuera hoy, a buenas horas... ¡Ni por el forro!

Cuando recuperaba algo el sentido, sólo decía:

—Me duele, me duele.

Volvía a perderlo y decidimos llevarlo arrastrándolo por medio de los sembrados hasta su casa. ¡Cómo pesan los muertos, tío! Fuimos tirando de él hasta el cuarto que ahora es la cocina nueva. Entonces estaba lleno de trastos, cacharros, cestos, una artesa grande para salar la carne de cerdo y cosas así. La artesa estaba vacía y Pecas había vuelto a perder el sentido. Decidimos meterlo allí. Yo sabía que estaba vivo, pero me dominaba el miedo. Pensaba que estaba a punto de morir y entonces fue cuando le propuse aquello a Lengua.

—¿Lo metemos aquí para que tu padre no se entere? Si te pregunta, tú le dices que no sabes nada.

Lengua lo agarró por debajo de los brazos, yo por las piernas, y lo levantamos con fuerza. Al llegar a la altura de la artesa se nos cayó dentro boca abajo. Me dolían los brazos que ni la hostia. Lo tapamos con unas mantas viejas que había por allí tiradas y yo me escapé. No supe nada más. Aquella noche debió de ser la única de mi vida que dormí con la ventana cerrada. Yo tengo claustrofobia, necesito mucho espacio y, tanto en verano como en invierno, duermo con la ventana abierta. Pero ese día, tío, pudo más el miedo. Las paredes se me echaban encima y me gritaban: «A lo mejor la palma por tu culpa». Los padres de Pecas se enteraron esa misma noche y el Lengua Ligera se papó una paliza por largar más de la cuenta. Fueron a buscarlo a la artesa y lo encontraron allí, tapado como lo habíamos dejado. ¡Madre mía, aquello fue demasiado!

Estuve un montón de días sin aparecer por su casa. Ni siquiera quería ver a Tito. Tenía pánico de que su padre me dijera algo. Una semana después, salgo a dar una vuelta y me encuentro con el Pecas, con un aparato en el cuello, jugando al fútbol como si nada. Me quedé... ¡la leche! No es que yo me sintiera culpable, incluso había tratado de echarle una mano. Es que cuando llegamos con él de aquella manera a su casa, allí no había nadie, todos se habían ido a segar la hierba, y eso fue lo peor. No

sabíamos qué hacer. A mí entonces no se me ocurrió otra cosa. El Pecas me vio y se acercó. Me dio la mano y toda esa mierda e hizo que me sintiera más triste que el carajo. Desde entonces, del mismo modo que me había jurado que no volvería a llorar, me juré no volver a sentir miedo ni vergüenza y hacer lo que haya que hacer. Puede decirse que hoy en día soy un tipo al que nada se le pone por delante. ¡A mí, lo que me echen! Me atrevo con todo. Soy lo que se dice un tío fibroso. Me gusta desarrollar los músculos, pero no tanto como ese fulano de la televisión. Ése sí que debe de estar enamorado de sí mismo. Es de los que cuando se mueren se llevan un disgusto; yo no.

Que conste que yo les gusto a las tías, ¿eh? A mi hermana ya le han dicho más de una vez:

—¿Ése tan guapo es tu hermano? ¿Cuándo me lo vas a presentar?

A mí esas presentaciones de besito va besito viene, como si los quisieras muchísimo y no tienes ni idea de quiénes son, me parecen una solemne tontería; aunque para decir verdad, yo también entro en el juego. Soy un tío tan cachondo que no sólo he conseguido llamar la atención de los profesores, de los compañeros, de las tías..., ¡también la de las viejas! Esto fue hace poco, unos días antes de cortarme el pelo; estábamos esperando el autobús para volver a casa, pasaron unas ancianas y se quedaron mirando mi pelo y mis pendientes. Y yo me puse en plan provocador. Me volví hacia ellas para que pudieran verme mejor y me separaba el pelo con gestos amanerados. Se echaron las manos a la cabeza y una se puso a comentar con la otra sobre no sé qué de poca vergüenza y que si viviera Franco no sé qué más. Y yo entonces les dije a los que estaban en la parada:

—Fijaos si tengo *sex appeal* que hasta las viejas se me quedan mirando.

Ellas seguían con ganas de armar follón: que si fuera mi hijo, no sé qué, que si era mejor verlo muerto... Por lo visto, llevar melena y pendientes es un delito muy grave; que robes y te hagas rico explotando a los demás, si lo sabes hacer bien, eso no tiene importancia. Pues sí que importa, ¡leche! No me da la gana de aceptar esas normas. Yo nunca les pediría a mis amigos que cambiaran nada de su físico, creo que más bien nunca les pediría nada de nada, si acaso que no huelan a tigre; del resto nada. Con que me caigan bien es suficiente. A mí me da igual cómo tengan los ojos, hacia arriba o hacia abajo, que sean negros o de color azul, ¡como si hablan ruso! Bueno, si hablaran ruso estaría bien que aprendieran mi idioma, con los amigos hay que entenderse; y mientras... Pues mientras nos hablaríamos con los ojos, como los enamorados. Eso lo hacía yo antes, cuando tenía novia.

Con lo que me costó perforarme la oreja por tantos sitios, hasta me tuvo que ayudar una amiga para que fuese más rápido, y ahora voy a rajarme por la opinión de unas que ya están más para allá que para acá. De eso nada. Mientras la mayoría de los tíos no lleven pendientes, yo no me los quito. Me gusto así. En una ocasión se me metió en la cabeza que quería cambiar algo de mi aspecto físico y pasé una semana muy jodida. Me miraba al espejo y me parecía que era demasiado bajo y esmirriado y,

como no le veía solución, me cabreaba muchísimo, me hacía mala sangre. Así que me dije:

—¡A tomar por el saco! Yo soy el más guapo del mundo.

5

—Francisco Sánchez Loiro, de 2.º B, pase urgentemente por dirección; el director quiere hablar con usted.

¡Al fin! Ya era hora. Creí que no lo volvería a oír nunca más. Allá voy. Me lo sé de memoria. ¿Ves? ¡Qué silencio macanudo! Soy el centro de las miradas de la cafetería. Soy más importante que la cerveza de ese fulano, o que el refresco de esa tía, y aquellos... ¡Qué cara de pánfilos! Si yo fuera uno de ellos, en este momento estaría con el culo apretado como si me fuera a lanzar por un precipicio, pero no. Yo soy yo. Ahí duele, bonitos, envidia, ¿verdad? No tenéis huevos para reaccionar como yo. Sois igual que ovejas.

¿Qué se habrá creído ese mamón, que estaba violando a las chavalas o qué? No sé si no habré hecho el gilipollas; pues no voy a ser yo quien lo aclare. Por mí así se queda. Me cago en Luis. Es un buen chaval, tío, pero siempre se las arregla para que vaya yo por delante. Que conste que me importa un carajo. A mí me divierte sacar de quicio a los maduros y sensatos adultos por una mierda de nada. Soy así, qué le voy a hacer. Incluso cuando mi padre está inspirado y se pone a gritarme, tengo que hacer grandes esfuerzos para no echarme a reír en su propia cara. Mi padre es un tío cojonudo, tengo que reconocer que es un buen fulano. Precisamente por eso, cuando se pone conmigo en plan Charles Bronson el duro, me muero de risa. Parece Cantinflas en una película del Oeste. Empieza a vomitar todo cuanto reproche le sale de dentro y dispara amenazas con tal acaloramiento que sulfata saliva sin parar. Y se le va quedando en la barba en forma de bolitas. Está realmente gracioso y yo me descojono de risa. Reconozco que a veces soy ruin, pero no lo puedo evitar. Me olvido de que él también debió de pasarlas canutas cuando lo de mamá.

A mí los castigos de mi padre me hacen reír. Él sabe que me puede castigar de la manera que quiera y que no me hace efecto, sólo consigue cabrearse. Me castiga porque dice que le contesto. Le estás hablando, intentando darle razones, y yo creo que ni te escucha. Parece que no le importo. Además, siempre nos está recordando tiempos pasados, batallitas de que si él hubiera hecho lo mismo le hubieran largado una trompada, y yo me pregunto por qué andaré siempre con esas bobadas. Pero yo

como si nada, a mí no hay manera de fastidiarme.

Bueno, ahora al despacho del tío este. No es mal fulano, pero se pone a hacerme preguntas tontas en plan trascendental y así no adelantamos nada. Quiere hacer de padre y yo sólo tengo uno que, por supuesto, no es él.

Lo que me joroba es que el cabrón de Luis debe de estar partiéndose el culo de risa detrás de cualquier puerta. Él tampoco tiene miedo a nadie, pero hemos hecho un trato:

—Al que cojan en algo, lo que sea, achanta y calla.

Y hoy, como casi siempre, me ha tocado a mí. Me da exactamente igual. O mejor aún, que me toque. Esto para mí es como una lotería.

6

A mí me gusta probarlo todo, y los temas de espiritismo, brujería, de ciencias ocultas... siempre me han atraído mucho. En el pueblo hay una chavala que está como una cabra, y nos invitó a Tito y a mí a participar en una sesión de espiritismo o *ouija* o no sé qué. Éramos ocho personas alrededor de una mesa redonda en un cuarto pequeño. La mesa tenía un tapete verde y rojo que parecía una manta vieja como la que usamos para tapar a Pecas en la artesa. Las paredes estaban desnudas, sólo tenían manchas de humedad y desprendían un olor un poco macabro. La tía puso un vaso de cristal vacío encima de la mesa, justo en el medio, y dos cartones. En uno ponía la palabra SÍ y en el otro NO. Los colocó con mucha ceremonia uno enfrente del otro, a ambos lados del vaso. Nosotros habíamos ido allí por cachondeo y tal. Entonces ella desaparece, se apaga la luz y entra por la puerta con dos velas. Se sienta y nos manda cogernos todos de las manos. Yo pensé: bien, bien, ahora viene el momento de meternos mano, pero ¡y un huevo! Va la tía y empieza a gritar:

—¡Satán, Satán! Tú no, tú no. Quiero que venga el espíritu de mi abuelo Rafael. Abuelo, necesito consultar contigo.

Lo decía con una voz de bruja, tío, que te ponía los pelos de punta. En esto empezó a hacerle unas preguntas al espíritu ese que yo no se las habría hecho jamás, y eso que no le tengo miedo a la muerte, que quede claro. Decía que le había salido un espíritu perverso y por fuerza tenía que hacerle ese tipo de preguntas.

—Hoy los espíritus malos están receptivos —hizo una pausa—. Dinos si alguno de los aquí presentes se va a morir pronto.

Y, la leche, tú, el vaso que se dirige sólo al cartón que ponía Sí. ¡Sin que nadie lo

hubiera tocado!

—¿Quién?

¡La repera! En ese momento estábamos todos un poco impresionados. Yo he leído algo sobre este tema y... y me entraron muchas dudas. El vaso se dirigió hacia Tito. Entonces ella repitió la operación, y el vaso venga, otra vez hacia Tito. Él se cabreó pensando que le estaban tomando el pelo.

—¡Que te zurzan!

Cogió el vaso y lo lanzó contra el suelo, pero rebotó como si fuera una pelota de goma por todas las paredes sin que se oyera ningún ruido de cristales rotos. Encendieron la luz y vi el vaso, que estaba en el suelo, entero. Lo cojo, lo pongo encima de la mesa y estalla en mil pedazos.

7

Eso pasó ya hace tiempo, pero lo de esta mañana fue la leche. Luis y yo, como en otras ocasiones, sobre todo en el curso pasado, nos fuimos de clase de Religión. ¡Ojo! Yo saco *sobres* en religión. Siempre hablo en tercera persona: hay que ir a misa, hay que creer en Dios... De esta manera no miento ni dejo de decir lo que el cura quiere que le pongamos en los exámenes. Él me conoce de sobra, sabe que soy ateo, y aun así me aprecia. Ése es buena persona, incluso alguna vez me invita en la cafetería. Si no fuera cura podría decir que es un tipo genial.

Bueno, el caso es que hicimos como que íbamos al váter, y nos largamos del instituto. Habíamos quedado con unas tipas y con otros amigos. Decidimos no volver a clase en toda la mañana.

El de *reli* es un bendito. Luis y yo hemos hecho incluso apuestas por ver a cuál de los dos expulsaba antes de clase, y nada, a ninguno. Aguanta lo que le echen y se te quitan las ganas de jorobarlo. En otras clases, el año pasado yo quedé el segundo. Primero había quedado Javier, el que se murió en accidente de moto. En una recta se metió debajo de un coche, por eso dicen que se suicidó. Si todavía viviera estaríamos toda la vida así, haciendo apuestas para ver a quién echaban más veces de clase. Ahora, sin él, ya no tiene gracia.

El caso es que hoy quise volver a probar lo del espiritismo, y había una tía que controlaba el tema. Entre chicos y chicas éramos siete personas. Tres y cuatro. Nos metimos en el cuarto de baño de las mujeres y nos encerramos en uno de los retretes. Estábamos apretadísimos, casi no cabíamos. Luis y yo pasábamos del espiritismo de

marras; nosotros íbamos por las chavalas y no por comunicarnos con el espíritu, que por lo visto era el hermano de una de ellas o algo así. ¡Hay que ver cuánto sabe esa tía! Yo creo que tiene estudios sobre el tema. Además, se viste de forma muy rara. Parece una bruja auténtica. Nos mandó que cerrásemos los ojos y se puso a hablar:

—Ismael, hermano, si estás ahí escuchando, haz una señal.

Yo tenía los ojos cerrados a medias y noté cómo ella se iba poniendo pálida. Miré de reojo a mi alrededor y vi que todo dios estaba serio. Ella se había colocado justo enfrente y, me cago en la leche, en esto que se pone blanca y pierde el sentido cayendo sobre mí. ¡Estábamos tan apretados! Me arrimé a la pared todo lo que pude, a ver si creían que me quería aprovechar. Me asusté un poco pensando si le pasaría algo grave y me fui acercando a la puerta. Casi la traspaso de tanto empujarla hacia afuera. Ella fue resbalando sobre mi cuerpo hasta llegar al suelo. En aquella incomodísima postura intenté abrir haciendo mil malabarismos, pero la puerta no se abría. Entre la mierda de la claustrofobia y los gritos que pegaban, por poco me vuelvo loco. Creí que nos íbamos a morir todos allí dentro y maldije haber aceptado aquel juego. Unos minutos después —puede que segundos, no lo sé, a mí me parecieron horas—, un poco después, alguien abrió la puerta desde el otro lado. ¡Abría hacia afuera! Y yo empeñado en abrirla hacia adentro. Salí cagando leches, como un perro que llevara atadas al rabo latas ardiendo, y el cabrón de Luis y el otro se quedaron escondidos detrás de las chavalas. ¡Era la directora de allí! ¡Joder! ¡Cómo se puso, tío!

—¿De qué curso eres? ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Francisco Sánchez Loiro y estudio segundo de FP en la rama de Hostelería en el instituto Santiago Apóstol.

—¡Ah! ¡Para colmo no eres de los nuestros!

—Pues no.

Yo para eso no tengo pelos en la lengua. ¿Huir? ¿Para qué?

—¿Qué estabas haciendo con esas chicas en los aseos?

—Nada —dije con cierto orgullo. Ya me estaba tocando las pelotas.

—¿Cómo que nada? ¡Eres un insolente! Ahora mismo pongo a tus profesores en conocimiento del suceso.

¡El suceso! ¡Como si hubiese matado a alguien, tío!

A mí lo que me impresionó fue la cara tan blanca de la chavala, pero el posible castigo, nada. Lo que sí me joroba es que hayan pensado que estaba intentando violar a alguien. Esas cosas a la fuerza a mí no me van, y menos desde... Bueno, que no me van.

En cuestión de castigos soy un experto, un veterano, estoy harto de posar delante del Consejo Escolar. Bla, bla, bla, y después nada. Supongo que la tipa realmente telefoneó al *dire*, si no, no me estarían llamando ahora. Yo me fui a la fonda y comí tranquilamente. Sabía que me llamarían después de haber tocado el timbre para entrar en clase, no iban a hacer horas extras. Estos viven de cojones. Por un lado, me

repatea que piensen que quería hacer lo que no hice, y por otro me divierte que sean tan estúpidos.

Es como cuando se nos ocurrió entrar en el cementerio a las dos de la mañana. Todo empezó con una apuesta.

—¿A que nadie tiene huevos para entrar ahí y ponerse a cantar? —propuso Ramiro.

—Voy yo —dije—. Éste es el sitio donde podemos estar más tranquilos. Los muertos no hacen daño a nadie.

A mí, como me piquen, soy el primero en presentarme voluntario. Salté el muro y entré. Después, como nadie quería quedar de cobarde, saltaron todos. Tito había ganado un paquete de globos en el tiro y los hinchamos todos. Nos pusimos a hacer un jaleo tremendo. Antes de marcharnos explotamos todos los globos. Entre las risas y los estallidos montamos un follón de cuidado. Al día siguiente, para nuestra sorpresa, hasta salimos en la televisión local y en la radio.

«La noche pasada, sobre las dos de la madrugada, una banda de gamberros se instaló en el cementerio, profanando el santo lugar para realizar sus juergas nocturnas, faltando así al respeto a nuestros muertos».

¡Yo no quería faltarle al respeto a nadie! Y menos a los muertos. Nosotros no les hicimos nada a los muertos. Lo único que queríamos era un poco de diversión, nada más.

8

Aquí estoy, delante de la puerta del señor Grita y nada. ¿Qué hago? ¿Llamo? No, paso.

—Hola, buenas tardes —educación, ante todo. Ya me está clavando los ojos encima como siempre, a ver si me hipnotiza, si hace de mí un hombre de provecho.

—Buenas tardes, Fran. Siéntate, por favor.

Ahora empezará con sus preguntas de psicoanálisis. Utiliza un método diferente al de mi padre. Éste no sulfata saliva, este predica el evangelio. ¡Anda, ahora suena el teléfono! Se jodió el invento. *Ring, ring, ring...* ¿De qué rayos hablarán?

—Fran, quiero que esperes aquí. Ya sé que tienes clase de inglés, pero es igual. Espera. Voy a una pequeña reunión y vuelvo enseguida. Es muy urgente que hablemos tú y yo.

Sí, hombre, como va a ser una conversación tan interesante y sumamente

profunda... pues claro. No me siento. A mí no me gusta estar sentado mucho tiempo. Me arde el culo.

¡Eh! ¿Estás ahí? ¡Cuántas veces hemos coincidido en este sitio! Tú y yo ya somos el mismo. A ver, colócate para una foto. Bien, no estás mal. Eres guaperas a pesar de que llevas el pelo demasiado rapado. Pareces un bosque talado, sin árboles. Sí, sí, haces bien en tener los ojos tan grandes y tan abiertos. Aquí hay que estar al acecho. ¿Tienes miedo? ¿No? Yo tampoco, pero no te rías, no te rías que la cosa no es para tanto cachondeo. Se ve que no tenemos arreglo. Me gustan esos pendientes. Has hecho bien en ponerte cuatro aros. Me molan especialmente por lo que joroban a la de Lengua. A lo mejor algún día se queda sin voz por insistir tanto en que te los quites. Tú ya sabes, aguanta, duro, fuerte, ni puñetero caso. ¿Sabes qué es lo que más me cabrea? Que me machaquen continuamente «tienes que estudiar, tienes que estudiar». Ya sé que un cocinero debe ser un hombre culto y tal, pero la cultura que yo quiero no se aprende estudiando diseño, inglés, lengua y todas esas tonterías. Yo vengo aquí a aprender a cocinar y punto. Punto y aparte. Todo lo más las *mates*... por eso de las proporciones y tal, pase, aunque, me cago en la leche, no sé cómo ese libro no se suicida, ¡mira que tiene problemas!

Posiblemente acabe montando un restaurante en mi pueblo. No te rías que a ti te toca hacer lo mismo. Adonde yo vaya, tú te vienes conmigo. ¿Qué te creías? Lo montamos sin lujos. No me gusta el lujo. Yo quiero que puedan entrar todo tipo de personas, no sólo los altos ejecutivos de corbata. Los de aquí, que los de Estados Unidos se joroben y se sienten en una acera a comer una hamburguesa como todo dios.

Si hubiera querido estudiar otras cosas hubiera ido a otro sitio. No, no, no te rías, no me imites que yo ya sé lo que estás pensando, pero te ríes como un tonto sin saber lo que va a ser de tu vida. ¿A que tienes dudas? ¿Lo ves? Te conozco como si te hubiera parido. ¿De qué te ríes?

¿Te acuerdas? El primer día que llegamos a este instituto teníamos el firme propósito de no pasar inadvertidos. Al principio nos comportamos como en el colegio, intentamos ser unos benditos con los profesores, muy hábiles, ¿y qué fue lo que sucedió? Sucedió que los compañeros pasaban de nosotros. Aquí no funcionó ese método como había funcionado en el colegio. No teníamos amigos y eso es duro, ¿o no? ¿Recuerdas que enseguida conseguimos un montón? Decidimos pensar en algo que impresionase. Entonces llegó la primera pelea en serio. ¿Te acuerdas?

Yo antes era muy tranquilo, pero desde hace unos años me cabreo muy pronto. Supongo que es por hacerme el duro, aunque a veces me paso. ¿Te acuerdas? Había mucha rivalidad entre nosotros y los que estudiaban para camareros. Luis y yo nos picábamos por nada. Nos habían mandado que nos vistiéramos de cocineros: pantalones a cuadros blancos y negros, chaqueta blanca, gorro estilo Arguiñano, y listos para la primera clase práctica. Allí nadie se atrevía a reírse, a pesar de lo ridículo de la situación. Por los pasillos del instituto, camino del aula de prácticas, nos esperaban los camareros veteranos en traje de diario; se cachondeaban de nosotros con toda la mala intención. Yo le susurré a Luis:

—Al primero que se vuelva a reír, me cago en la leche, lo metemos en el cuarto de baño y allí mismo le damos un buen repaso.

Volvieron a reírse, y Luis se encaró con uno de ellos:

—Ven al cuarto de baño y te ríes allí, cabrón.

—¡Atrévete conmigo! —dije yo al mismo tiempo.

Y el tío que se va para allá, pero con toda su pandilla de amiguetes. Nos metimos allí y empezamos a pegarnos con todos. Luis y los otros pararon. Pero aquel tío y yo estábamos picados y seguimos peleándonos. Intentaban separarnos, y no sé quién entró a mear. Salimos al pasillo, allí continuamos forrándonos a hostias como si fuera la única manera de salvar la vida, hasta que llegó el director.

—¡Tú, vete a dirección! ¡Tú también! ¡Venga, a dirección!

¿No te mola? Allí nos echó un sermón de esos que parece que están haciendo un repaso de tu biografía antes de ejecutarte, y nos mandó para clase. Yo me puse en mi fila de cocineros debutantes. Fueron dos horas de intensa práctica culinaria. ¡Pasamos una hora entera picando cebolla! Seguramente querían hacer una tortilla para el *Guinness*, no sé. Al que más y al que menos le pingaba la nariz y le lloraban los ojos. Aquello parecía un velatorio y nosotros las lloronas profesionales que antiguamente contrataban en algunos pueblos. A la media hora ya estábamos bien jodidos, pero nos obligaron a continuar. A mí me dio la impresión de que el profesor se estaba cachondeando de nosotros, a juzgar por la expresión de satisfacción reprimida que mostraban sus ojos y su boca. Parecía que se iba a echar a reír de un momento a otro. Me piqué, empecé a notar que me ardía la sangre. En la segunda hora nos hicieron materializar nuestra primera masa, y ahí fue donde reventé y empecé mi venganza. Nos dijeron que batiéramos fuerte la masa para airearla. Como nadie nos especificó contra qué, yo la lancé contra el techo y allí se quedó convertida en estalactita. ¡Menuda juerga se armó! A dirección otra vez. Dos veces en el mismo día, para ser la primera intentona no resultó mal. Estuvimos a punto de que nos expulsaran.

—Escucha, Francisco, te voy a dar una nueva oportunidad. Sabes que si te volvemos a pillar en otra no habrá remedio. Escribiremos a tu casa.

Después de esa todavía me pillaron en otras. Así fue como me gané el apodo de

boxeador. De las cartas que iban a enviar a mi padre nunca supe nada, no debieron de llegar.

Éste es el tercer año que paso aquí. Debería estar en tercero, pero no tengo prisa, para lo que me espera... Pero... ya no soy el mismo en algunas cosas. Ya no me cabreo tanto. Ahora me doy cuenta de todo eso que sale en la televisión, tonterías que acaban de mala manera, y lo pienso un poco. Antes empezaba medio en broma a hablar yo solo, pensaba en cosas y de repente me ponía más nervioso que un canario con el pico soldado. ¡Madre mía! Me volvía loco.

10

¡Qué sed tengo! ¿Tú también? Haces bien mojándote los labios con saliva. Sí, refresca. ¡Estate quieto! Hay que ver lo que te gusta poner cara de conejo. ¿Te acuerdas? Una vez estábamos en la cafetería hablando con un chaval. Él estaba tan tranquilo y nosotros nos pusimos a gritar como si estuviéramos poseídos por el demonio, histéricos perdidos:

—¡Al carajo con todo! Vivimos en la mierda. ¿Por qué demonios tenemos que estudiar? A fin de cuentas, para acabar como todos, sin encontrar trabajo en ninguna parte.

Eran días en los que andábamos muy apretados de exámenes. A mí me gusta cocinar, pero estudiar no. Ya sé que un cocinero, si quiere ser bueno, tiene que estar bien formado, saber lo básico; pero estos exámenes que nos hacen me parecen una mariconada. Hay profesores que saben que estudias, que han comprobado que dominas el tema y, si por alguna circunstancia, porque te has puesto nervioso o lo que sea, el examen te sale mal, te dicen:

—Ya sé que esto te lo sabes, pero no me queda más remedio que suspenderte. El examen está muy mal.

Es algo que nunca entenderé.

Hombre, si te pillan copiando es otra cosa. En eso estoy de acuerdo. A mí nunca me pillaron. Puede que desconfíen al ver el examen, pero nunca pudieron demostrar nada. Cuando copio siempre es por medio de alguno de mis inventos. Por un compañero no copio. No me fío de nadie. Y si es una mujer, menos; soy un poco machista, lo reconozco. Me fastidia aceptar que pueden saber más que yo. Después se enrollan con esas historias del feminismo y si las escuchas te convencen, tío; te hacen pensar que eres un poco bestia y te sientes mal. No quiero oírlas. ¡Yo qué sé por qué

me toca a mí ir a recoger la hierba y a mi hermana no!

Ahora me estoy acordando de aquella ocasión en la que no tenía ánimos ni siquiera para hacer chuletas y copié directamente del libro: «Las cláusulas de infinitivo para funcionar como MOD precisan de una preposición...». No tenía ganas ni de resumir. Estaba al límite de mi capacidad de esfuerzo. No cambié ni una palabra. Lo puse al pie de la letra. Y va la de Lengua y me llama delante de todo el mundo:

—Sánchez Loiro, usted ha copiado descaradamente del libro. Así que ya se puede imaginar la nota.

Siempre nos trata de usted, y no es para mostrarnos más respeto, sino para hacerse la interesante y marcar distancias; no sea que le contagiemos la tiña o los piojos.

A mí me jodió un poco que me lo dijera delante de todo el mundo. Pensé: «Y ahora... ¿qué le hago yo a esta tía?». Abrí el libro por la página 117, donde venía eso de *Cláusulas de infinitivo*, y me aprendí de memoria las dos primeras líneas. Puse el libro medio escondido tras la espalda del *Schwarzenegger* que estaba delante de mí, y me levanté muy decidido:

—Profesora... ¿puedo decir algo?

—¿Qué quiere ahora, Sánchez?

Siempre me llama por los apellidos. Un día hasta le solté que podía utilizar mi nombre siempre que no fuera en vano.

—Usted me ha ofendido delante de toda la clase asegurando que he copiado, y delante de todos tengo derecho a defenderme y a demostrarle que está equivocada.

Volví a echar una ojeada a la primera frase.

—Bueno, pues le repetiré el examen a usted solo.

—No, señora, yo quiero que me haga esas mismas preguntas aquí y ahora, para que se vea que las sé, sin que dé tiempo ni a mí a estudiar ni a usted a preguntar otras cosas.

—De acuerdo, dígame lo que sepa de las cláusulas de infinitivo.

Así como estaba, le solté a toda pastilla las dos primeras líneas:

—Las cláusulas de infinitivo para funcionar como mod con mayúscula precisan una preposición punto y coma el infinitivo suele ser conjugado dos puntos...

Cuando empecé a nombrar eso de las comas y los dos puntos y tal, la tía se quedó flipada. Enseguida consultó el libro que tenía allí, no se fiaba. Aproveché para coger más velocidad. Mientras ella miraba, yo leía a toda mecha nombrando cuanto signo de puntuación encontraba para no permitirle levantar la cabeza. De repente me cortó.

—Francisco —hasta me llamó Francisco—, ¿usted estudia siempre así?

—Sí, yo siempre estudio así.

La mujer estaba alucinada y se puso a hacer el ridículo dándome consejos de que, si había que estudiar no sé de qué manera, en no sé qué sitio, subrayando no sé qué. Los de mi alrededor se escacharraban por lo bajo, pero algunos que estaban delante

del *Schwarzenegger* se lo creyeron y todo. En aquel examen no tuvo más remedio que ponerme un bien.

La primera vez es verdad que el corazón me andaba taca-taca, un poco acelerado, pero ahora, ahora puedo poner folios enteros con chuletas encima de la mesa mezclados con el resto de los papeles y copio lo que me sale de dentro. Cuanto más descarado lo haces menos desconfían de ti. Soy un auténtico experto; aunque, la verdad, no sé cómo me las apaño porque las notas no son precisamente maravillosas. ¡Tampoco es que copie siempre!

Mariángeles, mi hermana, esa no es capaz de copiar ni una palabra escrita en la mano. ¡Cómo estudia, tío! Hasta se le está poniendo la cara color folio en blanco de no salir a la calle. Tiene ese color mortecino que llaman *de selectivo*, que es el que se les pone a los que tienen que ir a la selectividad si son muy chapones. Llega el fin de semana, que es cuando ella va a casa —yo voy todos los días, pero ella se pasa el resto de la semana con mi abuela en Pontevedra—, y se encierra en su cuarto y venga, pun, pun, pun, machacando. Dice que a lo que más miedo le tiene es a la Filosofía. Yo no le tengo miedo a nada.

11

Venga, ¿vienes o no vienes de una puñetera vez? Ya me está hinchando las narices este director. ¿Qué, guapito, ahora no dices nada? ¿No piensas nada? Tú con mirarme cuando yo te miro ya estás conforme. Eres como un fantasma, un espectro vivo, intocable. Tú con esconderte del otro lado, ya está. ¡Jo! Ahí viene. Chao. Por poco no lo oigo.

—Bien, Fran, ya estoy libre. Acércate que tenemos que hablar. Siéntate, por favor, y cuéntame.

Éste también es un poco fantasma, casi no lo siento llegar. Veremos qué novedades persuasivas utiliza hoy. Ya está otra vez mirándome con cara de padre, y a mí eso me revienta.

—¿Tienes algún problema, Fran?

Ya estamos. ¡Qué original! No, si no cambia.

—No, yo no tengo ningún problema.

Ya está otra vez dando golpes con el libro en la mesa. Se pone nervioso. No puede conmigo. Ya lo tengo acorralado como siempre. Un conejo al alcance de mis podencos.

—Vamos a ver, tratemos de analizar tu conducta: ¿por qué te metes continuamente en líos? No me negarás que donde hay fiesta, allí estás tú. ¿No estás contento aquí? ¿No te tratamos bien? ¿Tú has pensado en el disgusto que le damos a tu padre si se lo comunicamos? ¿Te has parado a pensar qué va a ser de ti en el futuro? ¿Por qué te comportas así, Fran? ¿Qué es lo que pasa por tu cabeza? ¿Por qué no te sinceras conmigo? Yo ya no sé cómo actuar contigo.

Como siempre, ya está vomitando una batería de preguntas todas juntas y seguidas para que no me acuerde de ninguna y no le conteste. Ésta es su estrategia para echarme la bronca. Tiene gracia, suelta una tras otra, una tras otra, sin respirar siquiera. Si de verdad quisiera escucharme iría de una en una y no así, en torbellino. Pero yo sé cómo tengo que reaccionar: callado. Después él también quedará en silencio un buen rato. Y los dos nos pondremos a pensar en lo que nos dé la gana. Si de casualidad se me ocurre decir algo en ese momento, entonces la cago. No me dejaría. Seguiría con la serie: «¿No ves que todo el daño es para ti? Vamos a tener que llevarte al Consejo Escolar otra vez, y de esta seguro que te expulsan del centro. ¿Es que no puedes ser un chaval como los demás?». Pero no le voy a dar esa satisfacción. Yo, callado. ¿Has pensado en tu futuro? ¡Qué futuro ni qué leches! A lo mejor me mato con la moto y así ya se acaba mi futuro, como se acabó el de Javier Rial. Pobre Javi. Era un tipo genial. Que piense en mi futuro... Y yo me pregunto: ¿habrá un futuro para mí?

Mi sueño sería volver a la Edad Media, que hubiera muchos bosques para poder recorrerlos con mis perros. Me gustaría ser criador de perros en la Edad Media y que desaparecieran muchos inventos de la actualidad, sólo dejaría los que me gustan, como esos satélites que van a poner para detectar los incendios forestales. A mí siempre me ha gustado la aldea, aunque aborrezco a las gallinas. Son enemigas juradas de mis perros y, por lo tanto, enemigas mías.

Antes pasaba mucho más tiempo en el monte que en casa. Ahora no puedo. Mis perros ya son unos expertos y trincan todos los conejos. Sólo puedo estar un ratito. Antes de que supieran cazar, volvía de las clases, que eran sólo por la mañana, comía, hacía como que trabajaba un poco procurando pasar por delante de mi padre con algo en la mano, y venga, para el monte. Es que lo de mi padre es una dependencia, necesita verme en movimiento con algo en la mano, es un vicio que él tiene. Vive obsesionado con la idea de que llegue a ser más que él; le gustaría nacer de nuevo en mí y eso es imposible. Mis manos no están acostumbradas al trabajo.

—¿Qué vas a hacer? —me dice.

—Un trabajo que tengo pendiente —le contesto.

En cuanto oigo que se marcha su coche me largo al monte. La primera cacería, la primera práctica de adiestramiento, fue en el gallinero con piezas de caza de pluma, como es de suponer, aunque la tendencia natural de mis perros es la caza de pelo. Actualmente cazan como dios. Si no hay conejos los inventan. ¡Qué nivel! Si alguien le hace daño a uno de mis perros, lo mato. Mis perros son ateos y satánicos; parece

que tienen el demonio en el cuerpo cuando corren detrás de un conejo. Van como locos tras él.

12

—¿Qué hacías en otro instituto en horas de clase? ¿Qué estabas haciendo en un aseo con chicas? ¿Qué tendrás en esa cabeza, hombre?

¡Ah! Estabas ahí. En esta ocasión son pocas preguntas y no voy a tener más remedio que contestar.

—No hacía nada.

—¡Cómo que no hacías nada! No me cuentes cuentos, anda.

Si fuera verdad lo que él piensa, si les hubiera estado metiendo mano a las chavalas, ¿qué pretende? ¿Que se lo cuente con todo detalle? ¡Menudo pervertido! Yo no pienso continuamente en el sexo, tío. Vale, en el sexo también, pero hay otras cosas en que pensar, ¿o este tío qué se cree? Yo no soy un degenerado. A mí las tías que más me gustan son las alegres y cachondas, pero no para seguir saliendo con ellas, sólo para un día de esos aburridos. Te ayudan a levantar el espíritu, y otras cosas.

Ahora se rasca la cabeza y mira hacia abajo. Ya casi lo tengo KO.

—Yo sé que tú en el fondo no eres mala persona. ¿Por qué te metes siempre en jaleos?

Eso de buena persona es un sentimiento mutuo. A mí también me pareces un buen tipo, pero no me gusta tu paternalismo. Es exagerado. No me gusta ni en mi propio padre, así que fíjate... ¿Por qué me meto en jaleos? Yo creo que no me meto en jaleos, lo que pasa es que siempre que pretendo defenderme aparezco como por arte de magia liado en un follón.

Ahora se pone a escribir tonterías para impresionarme. A mí no me asusta. ¿Qué está haciendo? Mete una mano debajo; a ver si va a sacar una pistola como en las películas. Seguro que le pican. ¡Guarro! Como yo no puedo verlo, hala, ¡a rascarse! Y yo aquí como un gilipollas.

Se trata de defenderme, a eso le llaman responder, contestar como un descarado. Para eso es mejor tener la boca cerrada.

Si se llega a enterar de la pelea de la semana pasada, flipa. Yo no la busqué. Claro que una vez que me calenté ni siquiera Tito fue capaz de frenarme.

Aquella pelea pudo haber sido algo muy serio. Con navajas y todo. Y yo juro que en esas movidas sí que no me quiero meter. Fue en la Fiesta del Vino y yo no sabía que estaba tratando con parientes de asesinos, de las malas bestias que mataron al taxista de Pontevedra. El que estaba más bolinga fue el que me dio a mí. Había otro que nos decía que perdonáramos, que estaba mal y tal. Yo iba zombi perdido.

Mi idea de pasarlo bien en una fiesta es ir a un chiringuito y pedir algo de vino o una *tumbadiós* de esos. En los pueblos pequeños no te creas que hay muchas maneras de divertirse. Si quieres ir a una discoteca te tienes que trasladar más lejos. Mi padre me da mil pesetas cuando salgo, y suelen llegarme. Tito y yo siempre nos repartimos los gastos. Si yo me lanzo más y se me acaba el dinero, paga él, y al revés también. Nosotros a las chavalas nunca les pagamos nada. ¿No quieren ser iguales? ¡Pues que paguen lo suyo! Algunas veces les pedimos que nos inviten a algo y las muy tontas pagan. Es que yo, si he bebido un poco soy más atrevido con las chavalas.

Aquel día estaban allí unos alemanes que tenían un aguante de la hostia bebiendo cerveza. Ya estaban acostumbrados. ¡Cómo los vacilamos! Les dijimos todas las paridas que se nos ocurrían, en un tono muy dulce, muy amable, eso sí. Como no entendían nada, se reían cantidad. Les pegamos un baño de vaciles que no veas. Cuando me presentaron a uno de ellos, le dije:

—Encantado. Menudo mamón estás tú hecho.

Y él «sí, sí, sí», que seguramente era lo único que sabía decir.

Juan estaba cortado temiendo que se dieran cuenta. Tito y yo andábamos ya un poco bolingas... Los dos nos llevamos muy bien, muy bien.

Todo empezó por las quinientas pesetas que él me había dejado. Yo normalmente no bebo, no soy ninguna esponja, aunque reconozco que me gusta, pero era la Fiesta del Vino, y uno no puede pasar por este mundo sin haber probado de todo. Mi tío Casto no pudo invitarnos a nada. Estaba su mujer delante y así él no puede. Sólo bebemos en las fiestas. Si bebiéramos todos los días, manda narices. Es que para pasarlo bien... una fiesta es una fiesta.

El dinero era para comprar una botella y bebémosla a medias. Fui a un chiringuito y compré la botella. Antes de volver donde había quedado con Tito, ya me la había liquidado. La miré y dije: «¡Hostia!».

Yo notaba que veía las imágenes, plas, plas, como si estuviera haciendo fotos en un safari de esos. Me daba cuenta de que me iba un poco para los lados. Fui a mear. Me puse a la tarea y por allí había unas tipas que estaban a lo mismo. ¡Qué demonios! Yo no tenía ni pizca de vergüenza. Me daba por reír. Me pongo a mear al lado de las tías y ellas se quedan así, extrañadas, mirándome. Y dicen: «Pero este de qué va», y no sé qué más. A mí directamente no se dirigían. Ya se daban cuenta de que no estaba bien. Entonces me caí para atrás y allí me dejaron con la picha fuera, tomando el aire como un periscopio. Yo no hacía otra cosa más que reírme sin parar y no podía

erguirme.

Con mucho esfuerzo, me levanté como pude y caminé un poco. Bajé unas escaleras, no sé cómo no me maté. Cuando por fin llegué a donde estaban Tito y los otros, no veía nada. Me acerqué y les dije:

—¡Ah! Sois vosotros. Vale.

Por allí había unos tipos con unas tías. Juan y yo empezamos a hablar con ellas. Juan es un buen chaval. Todos los hermanos tienen mala fama, pero son buena gente. Te echan una mano si los necesitas. Cuando empezamos a hablar con aquellas chavalas no sabíamos que eran las chorbas de aquellos bestias, ni tampoco sabíamos quiénes eran ellos. Habíamos oído hablar de esa gente, pero no los conocíamos. Yo veía que Tito, que es un ligón del carajo, no se acercaba, hasta que me murmuró al oído:

—Vámonos, que estos tienen que ver con los que mataron al taxista.

Yo los había visto antes en la Condesa, una sala de fiestas, y siempre andaban metidos en broncas, tirando de navaja y cosas así, pero hasta ese momento no me había fijado en ellos porque, de verdad, si no van conmigo, yo rehuyo esas cosas. Con la que llevaba encima no me acuerdo muy bien cómo empezó la cosa, pero creo que se metieron con mi madre, y eso mi sangre no lo aguanta...

—Ten cuidado con lo que dices, que mi madre está muerta.

Puso cara de cachondeo y eso acabó de volverme loco. Le entré a hostias y cuando nos querían separar yo sólo decía:

—¡Dejadme! Se cagó en mi madre y las va a pagar.

En un momento, apareció por allí un grupo de chavales de mi pueblo. A mí me resultaba un poco raro que sólo intentaran separarnos, que nadie se animase a echarme una mano. Los conocían y les tenían miedo. Incluso mi hermana, que pasa de este tipo de fiestas, mejor dicho, pasa de todo menos de los libros (y no sabe lo que se pierde), apareció por allí y la oí decir:

—¡Para, Juan! Para, que lo vas a matar.

—Si no le da Moni, le doy yo —dijo él.

Juan se había animado a echarme una mano y yo, al oír la voz de Mariángeles, me puse un poco nervioso. No me la podía imaginar allí, en toda esa mierda.

—Deja, deja que lo mate y no te metas en medio si no quieres chuparlas tú también. ¡Vete!

Supongo que se marchó llorando, es la repera. Y en esto que llega toda la tropa del pueblo. Para ayudarme a mí vienen todos, esa es la verdad. Tito había ido a avisar. Ramiro, que es mayor que nosotros, dijo:

—Parad de una puñetera vez, que van a venir los antidisturbios.

Cuando empecé a recuperar la conciencia pensé: «Ay, Francisco, dónde te has metido, a ver cómo salimos de esta». Pero seguía provocando. Con el alcohol que tenía dentro ni sabía lo que decía. Iba de bravucón; me gusta que me miren como si imploraran piedad. Hubo uno que me echó la mano al cuello.

—A ti te voy a arrancar los pendientes. ¡Maricón de mierda!

Yo quería agarrarlo por el pecho, pero no podía. Empecé a sentir miedo cuando vi que Tito, que me quiere como a las niñas de sus ojos, no se metía. Pensé: «Me cago en la leche, cuando este no se mete...». Ramiro insistía en separarnos, y entonces uno de ellos le suelta con una voz violentísima:

—¿Quieres que te vuelva a pasar lo mismo que el otro día en Caldas?

Y Ramiro tragó saliva. Por un momento cerró los ojos con extraña humillación, con cierta angustia, como si pidiese una limosna. Creo que, si no hubiera sido yo el que estaba allí en peligro, sale por piernas. Les insistió:

—¿Vamos a montar un follón sólo por una imbecilidad? Tú es que no aprendes.

Hacía un mes que le habían dado una paliza tremenda. Tuvo que estar en la cama, hecho una braga, sin poder ir a trabajar, más de quince días. Yo no sabía que habían sido estos. Oí que se comentó que había tenido suerte de poder escapar entre dos coches, arrastrándose por el suelo hasta un portal. Había sido una pelea como las de la televisión. Esos tíos son así. Como a Ramiro también le gustan mucho las tías, seguro que tuvo que ver con algo de eso. Chupó patadas en la cabeza, en el cuerpo y donde cayeron. Las que no daban en él daban en los coches que había allí. Quedaron todos abollados.

De todo esto mi padre no sabe nada. No se lo digo por no disgustarlo, pero tampoco me importaría mucho que lo supiera. Así también se daría cuenta de la clase de hijo que tiene: ¡boxeador! Sin coñas, lo de la semana pasada me dejó un poco preocupado. Ramiro puede haberse metido en una gorda y si le pasa algo...

¡Qué carajo! Hay que saber controlar lo que bebes. Y dicen que el setenta por ciento del cuerpo es agua, y yo como los del anuncio: ya está bien, ¿no?

14

—¿Qué, Fran? ¿No tienes nada más que decir?

¡Ah!, seguimos en dirección. Me estaba empezando a quedar dormido.

—No.

—¿Fumas?

—No, gracias.

—Coge un pitillo si quieres. Tengo entendido que fumas como un carretero.

—No es verdad. Puede que fume uno de vez en cuando, un día de fiesta o así; habitualmente no fumo, y si fumara no sería como un carretero, sería como

Francisco, que ese soy yo.

—Muy bien, me ahorro cinco duros. Mira, chico, yo no te entiendo, de verdad, no te entiendo. No sé lo que pretendes con esa actitud, en serio que no lo sé. Recuerdo que cuando entraste en este centro, al principio eras un alumno excelente. Le caías bien a todo el profesorado. ¿Qué ha pasado, Fran?

—Pues eso, al profesorado.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, lo que he dicho y nada más.

—Mira, Fran, escucha porque te lo digo en serio. Has tenido faltas leves, faltas graves, faltas de todo tipo. Parecía que este año habías sentado la cabeza, estás estudiando más..., el curso va yendo..., estás a punto de aprobar todo. ¿Qué es lo que pasa por tu cabeza? ¿Es que al final quieres echarlo todo a perder? ¿Qué tienes? Insisto, ¿cuál es tu problema, Fran? Yo no puedo ayudarte si no me lo dices.

—No tengo ningún problema.

Y ahora me va a decir que es la última vez que me avisa y ta-ta-ta, y ya está. Fin de semana libre para poder estar con mis podencos y con mi mejor amigo, Tito, el único que me consta que me aprecia por encima de todas las cosas.

—Escucha. Ésta es la última vez que te quiero ver por aquí en circunstancias semejantes. No va a haber próxima vez. Si vuelve a ocurrir no tendrá remedio. Te abriremos un expediente. Muy a mi pesar, y Dios sabe lo que se te puede venir encima.

¿Entendido?

—Sí...

No tengo que decirle «sí, señor» ni chorradas de esas. A mí esas mariconadas de soldado no me gustan nada más que en los juegos de rol. Yo voy a tener la suerte de no ir a la mili, aunque la haya todavía cuando a mí me toque. Soy huérfano de madre y me falta un riñón. Nací con un riñón poliquístico y me operaron.

—A ver, hombre, ¿por qué no empleas parte de tu tiempo libre en leer? Leyendo también puede uno divertirse, ¿no lo sabías? ¿Te gusta la lectura?

—Sí... Depende...

¿Y ahora qué hace? ¡Andá! Ahora se levanta y se pone a revolver entre los libros. ¡Pero si yo odio las lecturas dirigidas! Me jode que me obliguen a comentar textos que no quiero comentar o a fijarme en aspectos que a mí no me interesan. ¿No dicen que leer es un acto de libertad? Pues en este instituto no se han enterado. Éste se está haciendo viejo, ya no se acuerda de que me prestó unos libros hace meses y que se los devolví sin abrir. A mí me gusta leer, claro que me gusta leer, pero lo que me sale de las pelotas, no lo que él quiera. Tengo mi habitación llena de cómics alucinantes, tío. Ésos sí que molan. Los que más me gustan son esos tétricos en los que se mezclan el terror y la fantasía. Los de *Creepy*, en los que aparecen personas poseídas por espíritus malignos y hacen verdaderas barbaridades, están muy bien. Te quedas impresionado del carajo, sobre todo las primeras veces que los lees; después ya sólo

te entretienen. También aparecen tías imponentes con espléndidos limones que sueñas con exprimir para sacarles todo el zumo, un poco de sexo..., están muy bien. Bueno, que a mí me gustan. También me gustan los cómics de leyendas de pueblos perdidos en las que aparecen los monstruos más raros y asquerosos que te puedas echar a la cara. Me gusta esa literatura *gore*, los cómics de terror de toda la vida, el satanismo. Mike Ratera es mi autor favorito. Es español, pero se esconde tras un nombre extranjero, no sé si es porque reniega de su obra o por utilizar un seudónimo.

Mi amigo Tito, la primera vez que entró en mi habitación y le enseñé mis cómics se puso a leer uno y ya quedó enganchado. Después quería que se los prestara todos. A él se los dejo. Él y yo somos como uno solo, pero no te creas que me gusta prestar mis historias. Después de haberlas leído es como si las hubiera escrito yo. Hay una que recuerdo especialmente. Está de puta madre:

A una tía le cortan la cabeza y antes de morir todavía le quedan unos segundos para pensar en su existencia. Era atea y acaba con la palabra *Dios* entre interrogaciones saliendo de su pensamiento. «¿Dios?». Mira si soy subnormal que a veces pienso si yo no acabaré igual, dudando. Son cosas que me impresionan. Son bárbaros. Que conste que a mí esas lecturas no me afectan, no me las creo, lo que pasa es que me gusta hacer rabiar a Mariángeles y hago como que me lo creo todo. De sobra sé que la mayoría de esas historias no pueden ocurrir en la realidad, lo que pasa es que son la leche.

—Toma, Fran. Creo que te van a gustar. Ya me lo dirás el lunes, si te da tiempo a leer alguno. No hay prisa, ¿eh?

Pero hombre, a mí esa literatura no me va, no te esfuerces. La verdad es que por propia iniciativa nunca la probé. Para mí, la tétrica.

—Esos que escriben rol y que no los conoce nadie son muy buenos, lo que pasa es que como está considerado un género tan raro...

—En esas cosas del rol, uno debe saber en dónde se mete.

¡Será paleta indocumentado!

—Te dan un argumento y tú interpretas un papel. No son más que juegos de simulación.

¡Está de cachondeo! Se cree que soy tonto, que no me sé defender. ¿Qué mierda de libros son estos que me trae? Con esos puntos verdes en la portada parece que tuviera la varicela: *El guardián en el centeno*. Sí, hombre, que lo mío es ponerme a segar la hierba. ¿Y ese de color rosa? *Anagnoséqué*. ¡Bah!, será de mujeres, por el color.

—Me parece bien que te gusten esas lecturas, pero pienso que no debes limitarte a las de un tipo en exclusiva. Te cerrarías a otras perspectivas del mundo. Dejas de disfrutar de otras obras maestras.

—Muchos cómics están basados —este piensa que nació ayer— en obras de grandes escritores como *El gato negro*, de Allan Poe. Además, en los que a mí me gustan vienen comentarios que te explican que muchas obras famosas que parecen de

mucha imaginación, resulta que el autor se basó en hechos reales, como el caso de Robin Hood, que era un bandolero que vivió en los montes de Sherwood, en Inglaterra.

—Yo no digo que no leas esas cosas, pero no puedes creértelas todas.

—¡Ni que fuera tonto! Yo sólo creo en lo que hay que creer; por ejemplo, las que están basadas en hechos reales, en asesinatos en masa como *Hunter*, inspirada en un asesino americano que mataba a todo dios. Supongo que tampoco tengo que creer en esos libros que me presta ahora.

—No, claro que no. Yo sólo quiero decir que, sean como sean, no deben afectarte, hacerte daño. Hay que aprender a disfrutar sin sacar los pies de la tierra.

—A mí me gusta volar.

—¿Y a quién no? Menudo original que estás tú hecho. ¿A quién no? Lo que pasa es que hay que saber volver al nido de la realidad.

—¿Por qué?

—...

¡Ay! Me contestas con un sonrisa silenciosa. ¿No tienes huevos para darme una respuesta? A lo mejor dentro de un millón de años nos saldrían alas y podríamos volar, si no hubiéramos sido tan diligentes para inventar el avión.

—Bueno, Fran. Yo no digo que todos tengamos que ser iguales. Incluso te confieso que me gusta cómo eres, pero escúchame: no te autodestruyas, no camines hacia un barranco; siempre encontrarás algo con que ilusionarte sin tener que recurrir a la violencia. Tú lee estos libros. Me da la impresión de que vives dolido por algo o por alguien, continuamente cabreado. ¿Por qué?

Ya estamos en tablas. Y no pienso contestar a tu por qué.

—¿Me puedo marchar?

—¿Te apetece tomar algo en el bar? Te invito.

—No, gracias. Voy a recoger las cosas. Hoy es viernes y quiero coger el primer autobús.

—¡Ay, es verdad! Que pases un buen fin de semana.

—Yo siempre paso buenos fines de semana.

—De acuerdo. Adiós entonces. Y acuérdate de que aquí estamos para echaros una mano si lo necesitáis.

Sí, una mano al cuello. Voy a pasar frente a mi amigo por si no lo vuelvo a ver «en estas circunstancias». A ver si tienes más sentido y no nos encontramos más aquí, ¿eh? Tenemos sitios de sobra para vernos y, si no, en la intimidad de mi habitación es suficiente. Chao, capullo. Es posible que estés para el manicomio como el pobre Cerqueira. Chao.

—Hasta el lunes. Ya me voy.

—Adiós, Fran. Y reflexiona un poco, hombre.

Segunda parte

1

Me duele la cabeza. A ver si puedo encontrar un sitio en el que no haya nadie. No sé qué cojones me pasa, sólo sé que no tengo ganas de nada. Es como si una gigantesca telaraña me oprimiera la mente sin dejarla moverse con libertad.

—¿Qué tal, colega?

Ya la cagamos. Venga, a cambiarse de sitio y a dar rollo. Bueno, así también voy junto a la ventanilla.

—No te vi en la parada. Estoy un poco apalominado.

—Estabas tan pensativo que no te he querido interrumpir. ¿Qué tal? ¿Ha sido duro lo de hoy?

—¿Duro de qué? Nada, lo de siempre. Nada.

—¿Y mañana qué? ¿Tocáis?

—¡Qué va! ¡La leche, tío! El batería se tiene que operar de fimosis o como se llame. Ése todavía no se ha estrenado. Tiene el freno puesto.

—¡Es una máquina ese tío! ¡Cómo toca! Cuando hagáis otro concierto me avisas. Yo quiero colaborar.

—A lo mejor el próximo fin de semana, no sé... También depende de si el padre de Aquilino nos deja el local. Como a ése le dan arrebatos, ya veremos.

—¿Ya os habéis bautizado?

—Mancha Negra.

—Suenan fuerte, no está mal.

¿Cómo no va a estar bien si lo escogí yo? Si no fuera porque el puesto de batería ya estaba ocupado cuando entré en el grupo, ése es el que me hubiera gustado. Golpear libremente los platillos, producir los sonidos que te marque el momento, lo que sientes, eso, tío, eso sí que es lo máximo. Alberto lo hace de puta madre, pero yo creo que tampoco lo haría mal. No sé si el hecho de estar estudiando Arquitectura le ayudará. Seguro que sí. Llega cabreado contra todos los profesores, piensa que les golpea en la calva, y ya le sale algo bueno. Un bajo para el bajo, yo.

Este Cabadas es un buen chaval, siempre viene a los conciertos, aunque... si no fuera tan plasta... Nosotros tocamos y ellos vienen, unos con chorba, otros sin ella... Traen a las hermanas, a las amigas... Juntan algún dinero para bebidas, comida...

Bueno, ¡comida!: patatas fritas, aceitunas y para de contar. El padre de Aquilino les vende todo, así que, aunque ponga el local... A ver si Mariángeles me ayuda a acabar de pagar el bajo. Ésa debe de tener cuenta en Suiza. ¡Nunca sale! No gasta nada, qué cojones. Nosotros tocamos de oído, lo pasamos en grande. Es como una liberación de todas las tensiones. A mí me gusta la música *rock*, la *heavy*, la alternativa...

—Moni, ¿ya has escuchado a los *Deicide*?

—Tengo en casa varias canciones suyas.

—Están para que los encierren, tío. Parece como si la voz les llegase de ultratumba.

—Qué quieres, yo reconozco que están pirados, que no tienen remedio, pero me gusta su música. ¡Qué pasada, tío!

—¡Pero si con el inglés que sabemos nosotros no nos enteramos de nada!

—Mejor. Están prohibidos en Inglaterra, así que imagínate lo que dirá la letra de sus canciones. Pero a mí sólo me interesa el sonido, la música que hacen. Voy a comprarme su último disco: *Once upon the cross*. Les censuraron la portada porque aparecía un Cristo herido y en pelotas. Ahora sale cubierto con una sábana, como *La maja vestida*.

—Sacrifican animales en los conciertos invocando al demonio, tío. Yo no estoy de acuerdo.

—¡Matar para crear!

—¿Te parece bien?

—¿Eres tonto o qué? ¿Cómo me va a parecer bien? No, coño. Son unos bestias, pero su música me va. Tengo *Satan spaw the caco Daemon*, ésa se la dedicó el cantante a su hijo Daemon, y también tengo *Legion*, el disco completo.

—¿Y mañana qué? ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Supongo que me dedicaré a patear el monte con los perros.

—Si te acercas por Caldas podemos ir a Vilagarcía en moto. Díselo a Tito y me llamas, ¿vale?

—Ya veré. Si voy te llamo. Ando un poco jodido.

Es cierto, tengo ganas de adormecerme con el ruido del autobús. A mí me fastidia bastante que me vayan hablando. No es un trayecto muy largo, y precisamente por eso quiero aprovecharlo.

Me gustaría que por un tiempo algún bicho raro, de esos de mis lecturas preferidas, se tragase mi cerebro y me dejara en punto muerto, desnudo, sin pensamientos, que me colocase arriba, muy arriba. Yo sólo en el límite del cielo. Y despertar volando, volando... como una mariposa buscando el olor más agradable.

Mi padre no me deja salir de noche en época de exámenes. ¡Qué parida! Si piensa que así voy a estudiar más va de culo. El día en que yo tenga hijos, que puede ser nunca, les hablaré de ciertas cosas para abrirles los ojos, pero no pienso prohibirles nada. La mejor manera de vacunarse es conocer. No hace falta estar ahí, dale que te pego, todo el día dando el coñazo. Si quieres prevenir problemas con las drogas, lo mejor es hablar de ellas. No creo que yo me meta en líos de ese tipo. Ya sé cómo es la cosa. A decir verdad, muchos de mis amigos de clase están metidos en historias bastante chungas. Hasta tengo uno, el Cerqueira, que está introducido en una secta en Santiago. Él sabe que es algo jodido y quiere salirse, pero no lo dejan. Como sus padres lo echaron de casa, tampoco tiene a donde ir. Le dan ataques de histeria. Ya ha estado en el manicomio. El último que le dio fue por culpa mía y de unos amigos.

Fue en una de las ocasiones que lo echaron. Su madre había ido a buscarlo, pero es muy difícil convivir con él, aunque el tío es un superdotado. Cuando estaba interno en Santiago, dormía con un cuchillo en la mano, de esos grandes, de matarife. Se lo arrimaba a la cara y dormía así. ¡Está piradísimo! Había recibido cartas amenazadoras y tenía miedo de que lo mataran. Él nunca se había metido con nadie. Practicaba yoga. Es superinteligente: en las pruebas esas que nos hacen de vez en cuando, él daba dos puntos menos que Einstein. A mí en alguna ocasión me ha enseñado los partes médicos de cuando estuvo internado en el sanatorio. Ahora está allí otra vez. Pero el año próximo vuelve. El padre ha pedido la renuncia a la patria potestad. Ya cumplió los dieciocho, pero siguen teniendo la custodia por el problema mental.

La última vez que lo largaron de casa, se vino a Santiago en taxi. No tenía dinero para pagar. Se apeó donde estábamos nosotros y dijo:

—Dadme pelás, tíos; dadme pelás que no he pagado al taxista y puede llamar a la *poli*.

Entre varios juntamos el dinero. Se lo llevó al taxista que, nada más cogerlo, salió del coche, sacó las maletas y se las tiró contra las escaleras de muy mala manera. Él se quedó hecho polvo. ¡Está majara perdido! Aparecía con cada corte de pelo con cresta que te descojonabas. Es un *punky* de esos que ya casi no se ven. Anda liado con los satánicos y escucha una música muy rara que se llama *Death Metal*. La mayoría de esos tipos están trastornados.

El tal Cerqueira sí que es un tipo raro. Yo a su lado soy un angelito, pero es que mis tiros no van por ahí. Que conste que si me hacen a mí lo que le hizo el tipo aquel con las maletas... no sé cómo reaccionaría. A él eso también lo excitó mucho, y en ese momento no debí haberle dicho lo que le dije:

—¿Qué, Cerqueira? ¿Cuándo piensas devolverme el dinero?

¡La leche! Él sí que habla mal.

—¡Que te den por el culo, hijo de puta!

Y eso que yo le caigo bien. Empezó a zapatearlo todo como si quisiera destruir el

mundo, a gritar, a tirar piedras contra los cristales. Tenía un pendiente en una ceja y se lo arrancó de un tirón, a la brava. Cogió las maletas y se metió escopetado en el piso que tenía allí alquilado. Luego, ese día también le debió de ir mal en clase. Como es inteligente, los profesores siempre le hacían las preguntas más atravesadas, y a él eso le jodía bastante. Estaban alucinados con él, casi sin ir a clase sacaba *sobres* prácticamente en todo. También tomaba sustancias raras. Consumía setas alucinógenas. Las comía en grandes cantidades, por eso le pegaban esos ataques tan fuertes. Conoce muchas plantas y algunas las fumaba como drogas. Ése sí que controla. Ya ha probado de todo.

3

—¿Qué, Moni? ¿Pensando en tus perros?

—¿Eh? ¡Joder! Me quedé dormido. Estaba traspuesto.

—En el monte con los perros...

—No sé, ni me acuerdo. Sí..., seguramente mañana iré al monte.

—A mí la caza ya sabes que no me va. Más bien estoy en contra.

—Yo no cazo. Ni siquiera tengo escopeta. Cazan ellos solos. Bueno, ya he llegado. Hasta el lunes, tío.

—¿Y el domingo?

—No sé, ya veremos. Chao.

Este Cabadas es la repera. A veces me revoluciona la sangre. Está en contra de la caza, está en contra de la caza. Qué fácil es decir eso. ¡También yo estoy en contra de la caza! De cierto tipo de caza, de la caza mayor de ciervos, rebecos y eso. Sin embargo, creo que algo hay que cazar, sin pasarse. ¡Mira lo que pasó en Australia! Dejaron de cazar conejos y ahora tienen problemas. Les soltaron la peste esa tan famosa, la mixomatosis, y también la neumonía hemorrágico-vírica, y ahora hacen batidas golpeando la tierra con palos, atontándolos. Y a mí me preocupa que se destruya el ecosistema. También aquí hubo una plaga de zorros que incluso atacaban a los lobos. No está mal, pienso yo, que desaparezcan algunos lobos, ¡pero no que los exterminen, leche! Lo único que nosotros podemos hacer es ayudar a que haya un equilibrio en la naturaleza. Hasta los ciervos, aunque no lo parezca, se convierten en un problema si hay muchos. La gente, claro, piensa que tienen los cuernos para poner a secar allí los calzoncillos y nada más.

A ver si mi padre está en la tienda y me sube en coche a casa. No me quiero quedar aquí. No, está la empleada sola. Mierda.

—¡Ay, hola, Fran! ¿Ya has llegado?

—Evidente, si estoy aquí... ¿Sabes adónde ha ido mi padre?

—Tenía una reunión con los del banco. Si quieres, espéralo. No creo que tarde mucho.

—No, mira, dejo aquí la mochila y después, cuando él vaya para casa, le dices que me la lleve. Yo me voy caminando.

—¿Y si se retrasa? Al no tener que llevarte a ti...

—Que la meta en el coche y que me la lleve cuando quiera. Y, si no, que la deje aquí hasta el lunes.

—Tú, calamidad, ¿no tendrás que estudiar?

—Teresa, ¿tú también eres de la banda de los que están dispuestos a machacarme?

—Mira, por mí haz lo que quieras. A fin de cuentas, es lo que vas a hacer. A mí no me digas nada.

—Chao.

—Oye.

—¿Qué?

—Estás muy bien con el pelo corto. Pareces otro.

—No quiero parecer otro, así que a lo mejor me lo vuelvo a dejar crecer.

—¡Estás loco! ¡Si ahora viene el verano!

—Mira... ¡Adiós!

¡Qué tía! Y eso que aún es joven. Le pasa como a los vecinos, siempre pendientes de mi pinta. Y antes todavía era peor. ¡La repera! Al principio trataban de avergonzarme con lo del pelo largo.

—¡Pero Francisco! ¡Qué pinta tienes, hombre! Córtate ese pelo, que pareces una mujer. Si viviera tu madre...

Y yo, picado, a alguno incluso le contesté:

—Si tienes alguna hija en edad, cualquier día te voy a demostrar lo mujer que soy —y así les tapaba la boca.

Yo no soy ningún transexual de esos o como se llamen. Dicen que es una historia de narices, que es un drama o no sé qué. A mí me tiene sin cuidado que sea una tragedia; si naces hombre, eres hombre, no te puedes cambiar. Tengo amigos *gays*, pero por lo menos no se cambian, tío. Que sean así. Son personas como cualquier otra. Tengo algunos, medio afeminados, que ligan con todas las mujeres que les da la gana, mientras que otros con pinta de fuertes, de esos cachas de gimnasio, de pecho hinchado y tal, resulta que son unos maricones. Un día, uno de esos me dijo directamente:

—Me gusta un tío —y se echó a llorar.

—Mira macho, ve a darte una ducha de agua fría —le solté yo fastidiado.

Cuando vi que le caían las lágrimas me dio muchísimo corte, no quería ni hablar con él; después... después lo acepté.

Pero por el asunto este del pelo ya me han querido liar hasta con mi padre, que él en estas cosas no se mete. Él siempre dice lo mismo:

—Lo que queráis, dentro de un respeto.

Ayer por la tarde, al llegar, me vieron con el pelo corto y ¡qué risas!

—Francisco, ¡pero si te has cortado el pelo! Pues no te queda nada mal, aunque ya estábamos acostumbrados a verte así. No sé por qué te lo has cortado.

¡A la mierda! No aguanto esa manera de ser. La gente cambia de criterio de la noche a la mañana. De los pendientes ya no me dicen nada. El día que me los quite —me los quitaré cuando me dé la gana— seguramente también tendrán algo que decir. ¡A tomar viento todos!

5

¡Hum! Llegar a la aldea es como si se abriese la puerta de mis pulmones y les llegara una transfusión de aire fresco. Me gusta esto, aquí respiro mejor. ¿Me estará esperando Tito? No sé si ya habrá parido la Muñeca, le tocaba esta semana. Es una suerte poder grabar el parto para nuestro vídeo de podencos de raza. Primero una imagen naciendo. ¡Guay! Si ya ha parido, mañana salimos al monte con los otros y allí lo completamos. Nuestros perros son valientes y decididos como nosotros, no se pondrán nerviosos delante de la cámara.

¡Hostia! Ya no me acordaba. Mañana tenemos que ir a Caldas a ver si conseguimos el certificado de raza. Sería genial, pero está difícil.

Subir este repecho es lo que más me cuesta siempre. No es cansancio, es auténtica pereza. Sé que arriba me están esperando el Maqui, el Trasgo, la Disgustos, la Nata, Tito..., y me parece que el camino se alarga misteriosamente. ¡Uf! El verano ya está pisándole los talones a la primavera. Me duelen un poco las piernas por detrás. ¡Qué raro! Hoy no hay nadie en la ventana observando mi percha. Debo estar perdiendo facultades. Yo para esta gente soy una especie de calamidad, una maldición de su Dios.

¡Qué calor! ¡Uf! Hay que ver lo que he aprendido sobre perros desde que tuve al Toby, aunque la verdad es que a mí siempre me han gustado. De los que más sé es de

los podencos. Mi tío Casto tenía perros de esa raza. Fue él quien me dio al Maqui. Es un podenco portugués, pero a ver si mañana consigo el certificado de podenco andaluz. A fin de cuentas, él no habla ni portugués ni castellano.

El Maqui es el perro más famoso del pueblo y de toda la comarca. Es blanco, de pelo duro. No le dan miedo los tojos. Corre con una agilidad impresionante y tiene una resistencia increíble. ¡La leche, cómo sube y baja el monte! Es un fuera de serie. Los perros de esta raza tienen las orejas muy sensibles, sufren mucho. Se meten por los matorrales muy cerrados, les gusta sentir al conejo, y las espinas de los tojos les muerden las orejas. Como les ataquen las moscas... Hay que ver lo que les gusta cazar.

El Trasgo, cuando era cachorro, ¡qué peleón era, la madre que lo parió! Éste también me quiere mucho. Le puse ese nombre porque nunca se estaba quieto. A mí me gusta que los nombres tengan una historia. Lo de Maqui fue por un libro que había leído de pequeño y que me gustó mucho. Trasgo, por lo inquieto que es. Nata porque es de color muy claro, pero esa ya venía bautizada. Y Gus, Disgustos, porque cuando llegué con ella a casa por primera vez, estaba mi abuela pasando una temporada con nosotros y dijo:

—Vaya por Dios, hombre, tú no traes a casa nada más que disgustos.

—Pues ya la has bautizado, abuela —y así le quedó el nombre—, pero de casa no se va, o me voy yo también.

El que más me obedece es el Maqui. ¡Ése sí que me quiere! Él también sabe que es mi preferido y abusa un poco de los otros. Siempre se pega a mí. Los demás, cuando está él, se quedan a cierta distancia. ¡Joder! ¡Menudo susto me llevé la noche que apareció en mi cama! Se escapó de la perrera y entró en casa por la ventana. Creí que era el famoso Spiderman, el ladrón que actuaba entonces en Pontevedra.

Estos perros míos son gente importante. No es que yo esté muy bien informado, pero por lo que he leído, los podencos formaban parte de la corte de los faraones. Dentro de la jerarquía de los egipcios, el hecho de tener un podenco significaba que se era de la clase más alta. Era señal de nobleza. Perros del desierto que empezaron a criar y a domesticar los faraones. Dicen que a España llegaron por las Baleares y las Canarias, donde fueron abandonados y se volvieron salvajes como los zorros, y aprendieron a adaptarse a las nuevas circunstancias. A unos les crecía el pelo a causa del frío y a otros se les caía por el calor. Incluso les fue cambiando el color, según los distintos terrenos. Se fueron cruzando entre ellos hasta llegar al actual podenco. Los domesticaron y volvieron a ser perros. Como tienen aspecto de zorro, a la gente de aquí no le gustan mucho, sobre todo desde que hubo una invasión de zorros y fue necesario hacer varias batidas. Mataron cientos de ellos en pocos días.

A mi tío Casto siempre le gustaron. Es el tío con el que mejor me llevo. Cuando estoy con él es como si estuviera con otro colega. Con los otros tíos no me llevo tan bien. Siempre están con eso de «Fran, estudia, Fran, estudia», pero nunca me escuchan. Supongo que me quieren, pero la verdad es que se les nota poco.

El año pasado andaban por estos montes unos hombres que perseguían a una zorra, pero no conseguían atraparla. Con ellos estaba mi tío Casto. Tito y yo los acompañamos con nuestros perros: la Muñeca, la Tula (que ya murió), el Maqui y el Trasgo. Queríamos observar lo que hacían. Nunca habían ido tras un zorro. ¡Madre mía! ¡No tenían ni pizca de miedo! Se metieron por los matorrales llenos de zarzas. ¡Mira que patearon monte, tío! Le dieron semejante paliza de caminata a la zorra, que cuando nosotros llegamos allí, no se oía nada de nada, ni a los perros ni nada. En esto yo sentí a Maqui y entonces apareció la zorra. Estaba que no se tenía. Nosotros seguíamos en silencio. Yo pensaba: ¡jo, qué bien lo están haciendo! No teníamos escopeta ni nada por el estilo. La perra de Tito, la Tula, la venía persiguiendo por un camino. La zorra sólo podía escoger entre hacerle frente o huir hacia abajo. Si bajaba, se escapaba. Por aquel lado no estaba nadie. El Trasgo y el Maqui empezaron a acorralarla. Estos perros cazan solos, no precisan a nadie con armas. A mí me gusta más así, pero estos montes nuestros no sirven. En España hay otros sitios a los que se lleva a los perros a cazar de esa manera, a diente. Es un sistema totalmente selectivo. Los cazadores sólo tienen que recoger los conejos que les traen los perros. Van acorralando a la presa, uno de ellos la sigue mientras los otros le hacen la jugada para cogerla. Trabajan en equipo. Cuando sucedió lo de la zorra, el especialista en hacer la jugada fue el Trasgo. Se le adelantó, la estuvo esperando, y mientras, Maqui y Tula fueron por ella. Ya la traían cansadísima. Se le echaron encima y la cazaron. Mi tío no permitió que la destrozaran, no quería verla sufrir. La quería conservar disecada, y le pegó un tiro. Ahora la tiene en la bodega de su casa. ¡Y es de bonita!

Unos días después de este asunto de la zorra, se murió la Tula y a mí me dio muchísima pena. Yo les tengo cariño a todos los perros del pueblo. El Maqui también me ha dado más de un disgusto. Se larga tras las perras y a lo mejor no vuelve en tres días; y, qué cojones, me da una rabia que me entran ganas de matarlo. Pero cuando lo veo venir me vuelvo loco, loco de felicidad, y le doy de comer.

Cuando la abuela viene a quedarse una temporada con nosotros, siempre está con la misma matraca. Ya es su manera de saludar.

—¡Dios bendito! ¡Cuántos perros! ¡Cómo vais a hacer para mantener a tantos animales!

—Abuela, en esta casa siempre ha habido perros.

—Eso es verdad, por desgracia.

Los podencos resultan económicos. Comen poquísimo...

¡Uf, qué calor! ¡Por fin he terminado de subir la cuesta! Y aquí está mi casa, la casa de la familia *Monster*. Somos todos bastante raritos. Bueno, yo personalmente creo que soy normal, pero los demás no piensan lo mismo, allá ellos. Lo que no acepto es ser un clónico de esos que se hacen a partir de otros, ni tampoco quiero que con mi ADN fabriquen cuarenta igualitos a mí, ¡ni siquiera para tener piezas de repuesto! Hay cosas de la ciencia que te los ponen de corbata, tío. Lo que tenía que hacer la religión era inventar un nuevo mandamiento: «No jugarás con los genes». ¿Qué pasa? ¿Soy raro por esto? En realidad todos los vecinos nos tienen por una familia bastante atípica. En el pueblo te llevan cuenta hasta de las veces que vas a mear. Cuando vienen a casa y la ven llena de tortugas, empiezan a mosquearse y a pensar en brujería. ¡Pero bueno! Es que mi padre colecciona tortugas, y no hay que buscarle otra explicación. Sus amigos lo saben y se las traen de cualquier parte del mundo, las tiene incluso de Indonesia, tío. Pero no por eso está loco.

Ya me han olido. Siento los cascabeles de todos y en medio de ellos una voz, un ladrido diferente. Maqui me quiere a morir.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí, Maqui! ¡Déjame que abra el portal!

Qué raro que no esté Tito por aquí. Ya tiene que haber salido de clase. A lo mejor ha tenido que ir a segar hierba. No hay cosa más jodida que ir a segar hierba, mi padre se moriría de un ataque de satisfacción personal si me viera a mí en esas tareas. Yo no sé hacerlo. Un día quiso que fuera con él y se puso a segarla con la cosa esa que ni sé cómo se llama. Él cortó lo más fácil, el muy cabrón, y cuando ya estaba reventado, va y me dice:

—¿Has visto? ¿Te das cuenta de lo fácil que es? Ahora sigue tú.

A mí me había dejado la hierba fibrosa, de tallo duro, y no fui capaz. No quiero aprender. No me gusta ese trabajo. ¡Que vaya la asistenta que tenemos en casa, que para eso le pagamos! Por mí estaría bien que desaparecieran todos los prados y se convirtieran en monte.

—Ven, ven. Ven aquí, mimoso. Y tú también... Ven, anda.

Pobre Nata, no puede moverse, tío. Está preñada y no tiene ganas de cuentos. Ahí va el Trasgo a hacerle la corte. Todas las perras lo quieren mucho, es un ligón. Las lame y ellas lo lamen a él. Lo prefieren a este otro. Y es que este Maqui es un cabrito. Será más guapo, pero en cuanto huele que están en celo, se les echa encima sin pedirles permiso, a la brava. Ahí está, ahí está, poniendo distancias. Ya ha quedado demostrado quién manda aquí, ya no deja que ningún otro se acerque a mí. Todos saben que Maqui es el que más me acompaña, que si le crean problemas a él, luego se las tienen que ver conmigo. ¡Es un pegón de la leche! No le importa enfrentarse con un pastor o con cualquier otro. Entre él y el Trasgo le pegaron una paliza a uno en el monte y por poco lo matan. Lo dejaron fastidiado. Yo en esas no me meto por el medio, porque me pueden morder a mí. Algunas veces les digo:

—¡Ya está bien, no le aticéis tanto!

Un aviso para que se marche, vale, pero sin pasarse.

Con los vecinos he tenido más de un conflicto a causa de los gatos. A los de casa ya no les hacen ni caso. Pero tampoco ellos se acercan, saben por dónde se pueden mover y por dónde lo tienen prohibido. Entre ellos se apañan. Pero a los de los vecinos, ¡tío, no los soportan! ¡Han debido matar más gatos que conejos! Y los vecinos se ponen como fieras:

—Amarra a esos perros de una vez o les voy a echar veneno.

—Pues échaselo. Ya sabes que mis perros están siempre dentro de la perrera. Si salen es porque se me escapan —y todo va quedando olvidado.

Mira, mira el ligón del Trasco cómo le está quitando las pulgas a la Nata. Aprende, Maqui. Estos dos se llevan bien, aunque un día tuvieron una pelea por una perra y hubo que separarlos. Agarré a Trasco por los pelos del cuello y se me enfrentó. Me sujetó la mano con la boca. Al darse cuenta de que era yo, no me mordió. Ni siquiera me dejó marca.

El Maqui se parece mucho a mí. Siempre se está metiendo en peleas. Y con las chavalas yo también me he vuelto un poco bestia. En una ocasión debió de haberse peleado con varios y volvió con una pata destrozada. Hasta se le veía el hueso. Al verlo así creí que se iba a morir, cogí una aguja con hilo y se la cosí. Mira si estaría mal que ni se movía, tío. Y yo no tenía anestesia ni le podía pedir que cogiera una borrachera, que a lo mejor le daba por reírse y hacer el tonto y entonces no me dejaría que lo cosiera. Pensé que no podría hacerlo, que me iba a dar mucha impresión, pero nada. Quedó tan bien que hoy en día no se le nota ni el sitio.

—¡Quieto, quieto, loco! Parece que sabe que estoy pensando en él.

7

El padre de Maqui fue también muy famoso en la zona. Murió peleando con otro más grande que él, por una perra. Era de mi tío Casto. ¡Madre mía, cómo cazaba aquel perro! A mi tío llegaron a ofrecerle hasta cuatrocientas mil pesetas por él y no quiso venderlo. No se lo voy a decir a nadie, pero mi tío lloró por él. Y para que mi tío llore...

Yo también lloraría por este cabrito. A pesar de la promesa... Un día creí que me lo habían robado. ¡Me cago en la leche! Hice que se enteraran todos los vecinos de que el perro había desaparecido y que había llamado a la Guardia Civil. ¡Leche! A los

cinco minutos apareció Maqui en el portal. Han intentado robármelo varias veces y lo han querido envenenar otras tantas.

En una ocasión tuve que salir corriendo con él en brazos hasta Caldas. Allí le metieron unas inyecciones de caballo. Hubo que seguir pinchándolo durante varios días. Entonces creí que se iba para el otro mundo. Echaba baba, se caía para los lados. Al final ya ni se levantaba. Apareció tirado en el suelo medio inconsciente. ¡Fue tremendo! Estaba tan mal que cuando me despertaba por las mañanas iba corriendo a verlo con el deseo de encontrarlo muerto, no soportaba la idea de que estuviera sufriendo para nada. ¡Pero se curó! Es fuerte, aunque un poco bruto. Estos perros, cuando levantan un conejo, van siguiendo por el olor un rastro de diez minutos y lo levantan. Es cuando lo encuentran. Tienen buena vista y fino olfato, pero sobre todo cazan de oído. Lo mismo que hago yo para tocar el bajo. Mueven las orejas para los lados y las llevan tan tiesas que parecen radares de marcianos. No son perros que rastreen, de esos que cantan un rastro de un día para otro. Éstos, aunque huelan algo no le hacen caso; van sobre seguro, son más prácticos. Esos otros son un aburrimiento, pueden estar cantándote un conejo y el conejo estar ya en la luna sin que tú te hayas enterado.

El Maqui canta bien, tiene un ladrido grave. El Trasgo lo tiene más fino. Nata, la que está preñada, tiene la voz como si estuviera afónica. La Disgustos es también muy buena para el conejo, pero aún es muy joven.

—¡Gus, ven aquí, bonita!

Ahí viene. Es bastante dócil conmigo. Todavía está aprendiendo.

—No me rasques, tonta. Yo no tengo pulgas.

Tengo cuatro perros. Y Tito, ¡qué tío!, tiene once. Y ahora los que le traiga la Muñeca. Es una podenca muy maja. Yo la quiero como si fuera mía. Se la regaló el Cantero, un fulano de aquí al que en una ocasión le dieron un tiro en una pierna. Es muy simpático. El tiro se lo dio su padre hace muchos años, en un accidente de caza. La Nata y la Muñeca nos las regaló él.

—¡Nata, aquí! Ven, bonita, ven aquí, anda, ven.

Ésta todavía no se fía mucho de mí. Los podencos son muy recelosos, no cogen confianza con su nuevo dueño enseguida. Ya me he dado cuenta.

No es un farol, hemos pensado abrir un negocio de criadores de perros, de podencos. Tenemos algunos contactos importantes. Incluso me han llamado de Valladolid para comprarme estos perros. Un fulano de Caldas, que es amigo nuestro, fue quien nos puso en contacto. El dueño del campeón de España, que es un podenco portugués que se llama Ludovico; no, no, Ludovico es el campeón de belleza, el que yo digo es campeón de caza; quería hacer un cruce conmigo. ¡Conmigo no, hombre, con mis perros! Tengo contactos por toda Galicia: en Vigo, en La Coruña...

El vídeo que pensamos hacer se va a titular *Una jornada de caza con podencos*, o algo así. ¡Qué sé yo! De momento todavía no he visto perros mejores que los míos. Si alguien me dice que no son buenos cazadores agarro un cabreo del carajo.

Algunas veces viene con nosotros un viejo de aquí que el pobre da pena. Se cree que sabe mucho y nosotros nos descojonamos de risa. Ya no tiene reflejos, y eso debe ser jodido. Va con la escopeta colgada, se le cruza un conejo delante de los morros, saca la escopeta, la coloca, pun-tras-tras, y cuando por fin apunta ya no hay conejo. No sé si no sería mejor nacer viejo y morir en el vientre de la madre, arrimado a su corazón, como en el aquel cuento de Rafael Dieste o alguno de esos. Aunque ese acababa también desesperado. Hay que ver cómo la gente se agarra a la vida. En los que son muy religiosos no lo entiendo, la verdad, deberían estar deseando poder ir al cielo. Allí por lo visto se está mejor que en las islas del Caribe.

Lo cierto es que hemos hecho cada putada... Y los gemelos nos ayudaban. Éramos unos críos, de acuerdo, pero eso de dejar que los perros entraran en los gallineros... ¿Quién anda ahí? Ya han olido a alguien ¡Son demasiado!

—¡Abre, tonto del culo!

—Cierra, Tito, cierra enseguida que se escapa este cabrón.

—¿Hace mucho que has llegado?

—La tira de tiempo. No, hombre, no. Hace sólo unos minutos. He venido andando desde la tienda.

—Yo acabo de llegar. El de Física nos lió con unas paridas sobre la luz y salimos tarde. ¡La leche! Por lo visto, aunque fuéramos capaces de correr a su misma velocidad nunca la podríamos alcanzar, la luz seguiría corriendo a partir de nosotros.

—¡Tonterías! ¡Corre si la dejas correr! Si enciendes una lámpara en tu habitación y tienes todo bien cerrado, ¿por dónde se va a escapar?

—Claro, ¿verdad?, y si vas en un coche a toda pastilla, enciendes una linterna y le dices a la luz: ¡tú quieta ahí, no te muevas de mi lado!

—Pero tú puedes ir a más velocidad que la luz, te giras y ves que viene detrás de ti.

—¡Ésa es la Santa Compañía, mamón!

—Sin bromas, si te pones a pensar en esas historias del espacio, cuáles son sus límites, qué habrá más allá, y todavía más allá... Cada vez se van conociendo espacios mayores y tú piensas: ¡pues seguro que hay más, joder!

—¿Y qué es el espacio?

—¡Vete al carajo, Tito! Pareces de Barrio Sésamo: aquí espacio libre, aquí espacio ocupado... ¿Sabes que si pudieras ir cuatro segundos a la velocidad de la luz, cuando volvieras, para los demás habrían pasado trescientos años?

—Cuanto más acelerados andamos, más vivimos.

—Sí, tío, pero llegas y te encuentras con que todos tus amigos ya cascaron, están criando malvas.

—Seguro que eso sólo es un invento más de la Jefatura de Tráfico para que no andemos por ahí a toda pastilla. ¿Nunca te has parado a pensar en que a lo mejor para otros seres, nosotros somos como hormigas? Imagínate que nuestra galaxia se mete por las narices de un gigante cuando respira, para él somos microbios...

—Mejor que seamos microbios y que no nos vea.

—Bueno, todo eso que lo solucionen los sabios, si es que existen. Mientras, nosotros a lo nuestro.

—He hablado con el presidente del club de podencos andaluces, ya está en Caldas.

—¿Has estado con él?

—No, idiota, por teléfono.

—¿Los has inscrito?

—Sí, ningún problema. Mañana, a primera hora de la tarde, allí.

—¿Y la Muñeca?

—Ya está.

—¡Ha parido!

—¡Nueve, tío! Nueve cachorros.

—¡Hostia! Vamos a verlos.

Tercera parte

1

¡Qué imbécil!, no soy capaz de desayunar, tengo el estómago revuelto. Estoy un poco nervioso por el concurso de los perros. Ya sé que los míos son los mejores, pero... ¡qué sé yo! ¡Qué bonitos esos cabrones de la Muñeca! ¡Nueve! Tenemos que hacer carteles para empezar con el negocio.

SE VENDEN CRÍAS DE PODENCO.
PURA RAZA. PEDIGRÍ AUTÉNTICO.
TELÉFONO: 55 30 00.

El caso es que si no encontramos pronto comprador tendremos que regalarlos. ¡Cualquier cosa menos enterrarlos! ¡Joder, eso sí que no!

¡Qué mal me siento, mierda! No sé por qué, pero estoy mal. No sé si habrá sido por dormir en otra habitación. ¡Joder!, hasta tengo ganas de suspirar como una vieja.

Ayer por la noche, cuando volví de ver a los cachorros de Tito (y míos también), estaban en casa mis tíos, igual que otras muchas veces, metiendo las narices en lo que no les importa. Tuvimos una discusión bastante fuerte.

—¿Por qué no estudias? ¿Qué es lo que te falta a ti?

—¡No estudio porque no me da la gana!

Mi padre no dijo nada, ni para defenderme ni para atacarme, no dijo ni pío. Se calló. Yo, con la cena a medias, cogí una manzana y me vine para aquí, para la habitación de Mariángeles. Cuando me cabreo por algo, cuando estoy furioso, es como si me dieran un somnífero, tío, me quedo literalmente sopa. A los diez minutos ya estaba durmiendo. Con la ventana abierta, por supuesto.

Siempre duermo poco. A mí con siete u ocho horas como máximo me llega. Ya hace rato que estoy despierto. Yo, tan pronto como la luz entra en el cuarto, empiezo a sentir cosquillas en los ojos, y si no estoy durmiendo no soporto quedarme en la cama. Me aburro mogollón y por eso me levanto. Y así estoy ahora, en pelota picada y sin ganas de bajar a desayunar. Todavía es temprano.

Me dio por meterme donde no me llaman. He estado revolviendo en las cosas de mi hermana. Si me lo llega a hacer ella a mí, le rompo la cara de un puñetazo. De

momento nunca la he tocado, que conste, pero es que tampoco me lo ha hecho nunca. Me apetece profanar la habitación de esta chapona, bueno, a mí me gusta profanarlo todo. Cada uno de nosotros, ya lo he dicho, tiene una manía rara; la de Mariángeles es encerrarse aquí y, cuando no estudia, escribe en un cuaderno que tiene cerrado con candado y todo. Pone lo que le apetece, como si se lo estuviera contando a alguien, o como si hablara con ella misma, como Cerqueira, o como mi abuela, o como cualquier otro loco. Yo quiero encontrarlo. ¿Dónde lo tendrá? ¡Manda huevos! ¡Mira dónde lo había metido! Detrás de las cajas de zapatos. Ahora entiendo por qué no quiere que le ordenen aquí, siempre dice que ya lo hará ella. Lo peor es la llave. A lo mejor la lleva colgada al cuello como si fuera un peno. A ver si tengo suerte. ¡Ostras, está abierto! Juro que es la primera vez que hago esto, ¿eh? Le voy a echar un vistazo y listo. Se lo dejo donde estaba, y yo a lo mío. Ella seguramente estará estudiando como una loca en Pontevedra y ni se va a enterar. Allí vive con mi abuela, mi tía Macame y mi tío Cali. En el piso de arriba viven otros tíos mayores y mi primo Pichón. Esos dos, Cali y Pichón, están un poco pirados. Hace tiempo que no los veo. ¿Y tú qué estás haciendo ahí imitándome en todo, mamón? Hoy tienes peor cara que ayer. Anda y vete a lavarte... Mira, yo voy a iniciar la profanación.

Cali está fatal.

¿Eh? ¿Qué demonios ha escrito aquí?

¡Dios mío! Dame fuerzas para sacar adelante el curso y poder irme de esta casa. Tengo la sensación de estar en una cárcel rodeada de monstruos que me vigilan. Últimamente la situación es insostenible.

¡Me cago en la leche! ¿Qué le pasa?

Mi tío Cali es drogadicto. Nadie lo sabe y yo no tengo con quien desahogarme. Ni siquiera se lo puedo contar a Moni. Es demasiado impresionable y le puede afectar.

¿Impresionable yo? ¡No te joroba! ¡Qué sabrás tú de mí, nena! Yo ya estaba enterado de que Cali y Pichón fumaban porros.

Moni presume de duro, de ir por la vida buscando pelea por la mínima. Se ha vuelto un malhablado, anda soltando tacos a todas horas sin venir a cuento y a mí me pone nerviosa. Es tan introvertido conmigo...

¿Sí? ¿Soy yo así? ¿Doy esa imagen? ¡Cojonudo! Debe ser por hacer pesas. Algo de duro puede que sea cierto, si me tapo la cara, claro; como aquel día que entramos en la disco Tito y yo. ¡Menuda movida! Fuimos al baño, esperamos a que no hubiera nadie y nos plantamos aquellas gafas fluorescentes de todo a cien y aquel pañuelo en la cabeza. ¡Qué pintas, tío! Nos descojonábamos de risa al vernos en el espejo. Salimos con paso robotizado hacia el medio de la pista, de bíceps cruzados, y, ¡la leche!, la gente se apartaba, nos dejaban el camino libre como si quemásemos. ¡Ni los de seguridad se atrevían a decirnos nada! Sólo un pirado, con una pinta a lo Cerqueira criminal, se nos acercó.

—¿Queréis armarla? Estáis calentando mucho el ambiente.

—Tranqui, tío. Sólo hemos venido a bailar —le dije con la voz más dura que pude—. No nos apetece nada más.

¡Qué profesional! Y el fulano no se atrevió con nosotros. Al poco tiempo empezamos a notar que había muchos que nos la tenían jurada. Nosotros bailábamos allí en el medio, como locos. ¡No nos reconocieron ni nuestros amigos! Poco a poco la gente se fue animando a bailar, y nosotros, así con aquellas gafas de la leche, salimos acojonados de allí, antes de que se liara una buena. Ya lejos, nos reímos hasta reventar el estómago. ¡Auténticos! ¡Los más duros!

2

Cali se encuentra fatal. Yo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo cuando, aunque siempre procuraba ocultarse, se ponía frente a un espejo y se echaba una gota de Dios sabe qué en un ojo. Pensaba que tendría conjuntivitis. Otra veces hacía el mismo ritual, pero en el paladar. Yo no sabía que se trataba de LSD, o de los famosos tripis sintéticos. Era un tema que no tenía interés para mí. Nunca pensé que me tocaría vivirlo tan de cerca. ¿Para qué informarme?

Mi tío era un buen tipo. Ahora es una víctima más. El piso de Pontevedra parece el escenario de una película de terror, de suspense continuo.

¡Vaya! Esta historia empieza a interesarme.

Siempre piensas que estas cosas no te van a pasar a ti ni a los tuyos, pero pasan. Yo veía programas en la televisión y pensaba: «¡Bah, eso es imposible que suceda!», pero sucede; y cuando lo vives de cerca es como un bicho maligno que te deshace por dentro y te roba la tranquilidad.

¡Joder!, si te vas a poner así...

Cali tiene veintidós años, igual que mi primo Pichón, que vive en el piso de arriba con sus padres. También estuvo medio enganchado por su culpa, pero lo dejó. Salió bien. De los tripis se puede salir bien. Cali es el menor de los hermanos de mi padre. Vivimos en el segundo piso, Pichón en el cuarto.

Sí, viven en el cuarto. También son de clase más alta. Tienen más pelás. Mi abuela vive peor, y además es más tacaña. ¡Yo no voy a llegar a viejo! ¡Ni me importa! Para estar sufriendo... Es preferible darte un tortazo con la moto y quedar instantáneo, como le pasó a Javier.

Pichón y Cali empezaron como empieza todo el mundo. Bueno, todo el mundo no, los que se meten en eso. Ahora Pichón habla conmigo de esas cosas, sabe que estoy

informada, que sé que eso está ahí, como una mala sombra al acecho. Intento indagar lo que están haciendo y todo lo que están tomando. Cali se ha vuelto muy cerrado. Nunca dice nada. Yo lo sé porque estas cosas se palpan, se palpan, se respiran en el ambiente de la casa. Se ha vuelto un desvergonzado. El piso de mi abuela parece Corrupción en Miami. Ella está deshecha, con los ojos hundidos y secos de tanto llorar. Si por mí fuera me iría a dormir a casa todos los días como hace Moni, estaría más cerca de él y más alejada de esta maldita miseria, pero no puedo. No puedo dejar a mi abuela y a mi tía solas con esto, tampoco se lo puedo explicar a mi padre. Estoy sujeta al fondo de este pozo negro con una losa que me oprime y que no me deja subir a la superficie. No sé si este año cargaré algo, ¡me cuesta tanto concentrarme! Necesitamos ayuda. Yo misma necesito hablar con alguien; no puedo desahogarme con la abuela ni con Macame, sería como echar más fango sobre una mancha persistente.

¡Hostia! Pues no sabía yo que la cosa estaba tan jodida. Para que Mariángeles deje de estudiar, ya tiene que ser grave.

El caso es que cada vez necesita más. Es como una carrera en una media, si no la coges a tiempo, queda inservible. Cali está inservible. Llega a gastar cuarenta mil en un par de días. De esa manera no hay economía que resista. Tía Macame y la abuela están haciendo malabarismos para llegar a fin de mes y para sacarlo de esa suciedad.

Los fines de semana intentan dejarlo encerrado en casa. Como una mala sombra que espera en las noches de luna llena, es a partir de la noche del viernes cuando el peligro se hace más intenso, cuando los buitres de la noche aparecen ofreciendo las manzanas envenenadas del presente a la gente que consiguieron enganchar en esa asquerosa cadena.

Desearía ser dueña de un periódico de gran tirada y poder denunciar todas las injusticias con letras fluorescentes: **ESTA MANSIÓN HA SIDO CONSTRUIDA CON DINERO QUE SALIÓ DE ROBAR VIDAS.** Mi profe de literatura en principio estudió Ciencias de la Información, pero nos contó que lo tuvo que dejar, que cada vez notaba más endebles las alas de pájaro que llevaba dentro. Fue entonces cuando se decidió por la literatura.

—Por lo menos puedo sumergirme en otros mundos menos contradictorios —nos dijo.

Es verdad, eliges un camino y parece que tienes montones de alternativas, pero todas están llenas de monstruos que acechan. Necesito conocer otras formas de vida, quiero tener capacidad para decidir dónde deseo instalarme. Me gustaría que mi voz se extendiese por todos los rincones del universo, como un poderoso perfume, y gritar con implacable fuerza: **¿QUIÉN ESTÁ CONMIGO?** Y si fuéramos muchos podríamos hacer algo porque tendríamos capacidad para enfrentarnos con la barbarie.

La negrura de la situación de mi tío provoca que últimamente cada día sea un

mal día. Espero un cambio. ¡Lo necesito!

¡Cómo se expresa esta cabronaza! Siempre ha sido un poco poeta y se le dan bien las mariconadas verbales. Si yo supiera comunicarme así, diría algo por el estilo.

3

Cali antes trabajaba en la construcción con otro tío mío, un hermano suyo que es contratista. Pero a fuerza de llegar tarde y en condiciones deplorables, mi tío Ramón se vio obligado a echarlo. Tuvo mucha paciencia antes de eso, intentó ayudarlo y taparlo, pero todo fue inútil, no pudo con él.

En los obligados encierros de fin de semana, Cali siempre intenta escaparse. En la casa se crea un clima de tensión tan grande que puedes percibir una continua amenaza en las moléculas del aire. Él no razona, parece un ser maligno desposeído de todo sentimiento de bien. No parece humano. Ni siquiera la imagen de la abuela con los ojos hundidos consigue conmoverlo y hacerlo reaccionar. Estos últimos fines de semana yo también me quedo. En casa digo que lo hago para estudiar y va colando. En realidad es para ayudar, entre todos hacemos turnos en la custodia de Cali. Está acabado.

¡La leche! Yo quiero verlo. ¡Joder, qué familia! Aquí hay que hacer algo, hay que pensar en algo... Y yo que creía que era el más pringado de la familia, que a mí nadie me superaba...

La última vez que se escapó me pilló a mí en casa, entonces fue cuando tomé realmente conciencia del problema. Tenemos una habitación que queda más alta que el resto del piso. Allí es donde lo encierran y se convierte en una especie de fantasma de la ópera. Aquel día estábamos mi tía y yo solas; la tía, sentada en la sala con la tele encendida y la mente puesta en la tormenta que amenazaba llegar de un momento a otro. Yo, en mi habitación, con Kant delante de mis fatigados ojos, incapaz de concentrarme en nada. Algo dentro de mí me decía: «este está preparando algo». Golpeó la puerta desesperadamente, como el que pide que lo salven de un incendio que amenaza destruirlo.

—¡Quiero ir al baño! —dijo.

Nosotras no le podíamos negar eso. Le abrimos y el monstruo salió veloz hacia el servicio con los ojos desorbitados. No supimos cómo reaccionar. Escuché que cerraba por dentro. Se encerraba para escapar. ¡Qué impotencia! En silencio, pegamos el oído a la puerta y escuchamos cómo abría la ventana. ¡Dios mío, se va a

tirar!

—Cali, por favor, abre —grité como una loca.

—Cali, por Dios bendito, deja que te ayudemos —suplicaba la tía Macame casi sin voz.

No nos escuchaba. No contestó. Saltó a la calle. Nosotras bajamos los escalones de tres en tres y salimos fuera. ¡No le había pasado nada! ¡Un milagro! Sí, tirarse desde un segundo piso, y en sus condiciones, sin perder la integridad física, eso es un verdadero milagro. En ese momento creí en Dios y le di las gracias. Cali entró en el garaje y lo seguimos. Las llaves del coche estaban escondidas, pero eso no sirvió de nada. Había hecho un duplicado. No sabíamos qué hacer. Yo perdí completamente el ánimo y me quedé como petrificada, arrimada a una columna. La tía se puso delante del coche tratando de impedir que se fuera.

—Cali, por favor, no salgas. Mira que nos vas a matar a mamá y a mí.

—¡Aparta, que me voy!

—Pues tendrás que pasar por encima de mí. Yo de aquí no me muevo.

Yo continuaba inmóvil como una estatua de plomo, incapaz de reaccionar, imaginando a Macame debajo de las ruedas del coche convertida en un charco de sangre. No sabía dónde meterme ni dónde tenía el corazón, que parecía latir en cada rincón de mi cuerpo. Puso en marcha el coche y con una aterradora sangre fría, arrancó con brusquedad. Mi tía se apartó instintivamente. ¡Se la hubiera llevado por delante! Fue una experiencia que no le deseo ni al peor de mis enemigos.

Hoy tengo muchas dudas. No sé si debería decirlo en casa. Quizá no haya sido acertado esconderlo tanto. No sé nada. La abuela pretende seguir encubriéndolo, cree que así resulta menos real, pero últimamente ya es imposible.

Mientras trabajaba, ganaba un salario que le administraba la abuela. Mi tío le daba el dinero directamente a ella, pero ahora..., la está matando. De los tripis pasó a los chinos. Hace poco que me enteré de lo que es eso. Necesito saberlo todo, verlo de cerca para intentar ayudarlo a salir de este infierno. En una de mis tardes de espía vi cómo cogía un pedazo de papel de aluminio y le ponía fuego por abajo. Luego aspiraba aquello que contenía, en una especie de rito satánico. Ahora sé que ese seguir la gota es una mezcla corrosiva de cocaína y heroína.

Desde hace unos meses no me reconozco a mí misma. Ayer me acerqué a una farmacia a pedir un maldito kit. Estaba muerta de vergüenza, pero Cali me lo había pedido casi sin voz.

—Una máquina, Mariángeles.

Y yo, que hacía días que ni lo veía, obedecí como una autómatas.

—Una insulina, por favor. Es para un diabético.

Dejé las cincuenta pesetas encima del mostrador y salí disparada con mi paquete, preservativo incluido, y con la esperanza de que nunca reconocieran mi cara. ¡Qué corte!

¡Me quedo atontado! ¡Vaya con mi hermana, cómo controla! ¡Qué nivel! Yo

probé un porro en una ocasión y no noté nada. No me hizo efecto. Y no he vuelto a querer saber nada más de eso.

Lo probé porque me invitó Pichón en su casa. Tendría yo diez años o así. Ese día también subió Cali y se apuntó a la fiesta. Allí se quedaron ellos dos todos colocados y a mí no me hizo nada. Sería porque no lo supe fumar. Es igual, yo de eso paso. Y después de saber lo de Cali, ¡ni de coña! A ellos les brillaban los ojos y hasta andaban un poco raro. Yo siempre me fijo en los ojos de las personas y ellos los tenían muy rojos y muy hinchados. De esos ojos que no se sabe hacia dónde miran.

La reacción de los tripis es diferente. Son alucinógenos. Seguramente llegó un momento en el que a Cali ya no le hacían efecto y quiso probar otras cosas. Algunos son gente muy débil. ¡Yo soy de hierro! Supongo que todo surge de probar. Ahora ya empiezan enganchándose con los tripis; les meten cocaína y así te atrapan para que sigas comprando. ¡Es la leche! Y en la aldea también hay, por eso yo le llamo pequeña mierda, un nombre bien puesto.

Desde hace meses trato de informarme, casi obsesivamente. Necesito saber dónde estoy metida yo y hasta dónde está hundido mi tío, para estudiar las posibilidades de ayuda. Amigos de mis amigos, de los que yo no tenía ni la más mínima sospecha, están enganchados en este baile macabro, en esta danza de muerte. Por ellos voy sabiendo al mismo tiempo que me voy impresionando y fortaleciendo para poder continuar. Lo que más me desespera y apena es comprobar que todos ellos son buena gente y que incluso desde su lado, como alguien que arde en el fuego y no quiere que los demás se quemem, tratan de protegerme.

—Tú no te metas. Ya ves lo mal que estamos.

Ellos saben dónde están los puntos de venta, lo que engancha y lo que no engancha pero abren la puerta al imán maldito... Uno de ellos nos hizo un gran favor. El día que Cali escapó de casa, mi tía y yo lo estuvimos buscando, desesperadas. Acabé llamando a uno de mis conocidos.

—¿Tú sabes dónde venden eso?

Me informó de los diferentes puntos de venta, de las diferentes zonas: detrás de la Plaza, en el Campillo, junto al Museo, en el bar de la zona... Puse al corriente de todo ello a mi tía y la dejé que fuera sola a buscar a Cali. No fui capaz de meterme más a fondo en ese ambiente. Era para mí como un juego de rol violento, en vivo, y lo detesto.

Hermana, perdona, pero en esto sí que no tienes ni zorra idea. A mí me gustan esos juegos, ¿y te parece a ti que yo soy violento? Yo creo que no. Si no quieres pasarte, puedes jugar al rol de tablero, e incluso el rol en vivo no tiene por qué ser peligroso. Hombre, si te toca combatir con un fraguel que en realidad es muy amigo tuyo (como si no lo es), tienes que liarte con él, pero todo es simulado, dentro de unas reglas, sin pasarte. Sólo hasta tirarlo al suelo. Pues anda que, sin que le llamásemos rol ni nada, no he jugado yo cantidad de veces con Tito a ver quién tumbaba a quién.

Hablando de esto en una ocasión, me decía Juan que tuviera cuidado con eso de

los juegos con armas. ¡Pero si son de goma! Por lo menos yo no jugaría nunca con armas reales. Tampoco hay que hacer un drama de todo, jo. La gente, venga a darle vueltas a eso que pasó, y yo digo que por qué mataran a uno, no es justo echarle la culpa al juego. El que lo mató era un pirado que jugaba al rol, no es que el rol lo volviera loco, ya lo estaba.

A mí me gustan los juegos de imaginación, me atraen las historias épicas, futuristas e incluso las satánicas. ¡Qué demonios! Las épicas son las que más me gustan, en cómics y en novelas. No es cierto que sean cosas para bebés, también los leen los de treinta años. Yo quiero comprar un juego de esos; me estoy informando a ver si algún día puedo participar en una partida de profesional.

Los que mataron a ese hombre, por lo visto tenían que liquidar gnomos, y las personas gruesas, bajas y de no sé cuántos años eran gnomos. Se lo tomaron tan en serio, tan bien, o tan mal, que se creyeron lo que estaban haciendo. Supongo que estarían drogados. Tuvo que ser eso, o el alcohol, algo así. Desde luego vaya gracia. El rol es como cuando de pequeños jugábamos a imaginar cosas. No es nada malo. Malo es lo de Cali, ¡joder!, eso sí que es malo.

Allí estaba, según me contó ella después, tirado en un rincón cualquiera, con los ojos idos, como si alguien le hubiera robado toda la alegría que había tenido antes. ¡Es una pesadilla! También encontró allí a Pichón, pero, gracias a Dios, estaba intentando llevarlo a casa. Ahora que él fue capaz de huir de la bestia quiere ayudar a Cali para que también pueda salir. Todos somos necesarios. Están intentando arreglar las cosas para internarlo en un centro de rehabilitación, creo que en Valencia. Lo malo es que resulta muy caro y mi abuela ya ha gastado muchísimo dinero. Ahora él ha empezado a robar y eso es terrible.

¡Me cago en la leche! Mariángeles debió habérmelo contado, creo que deberíamos saberlo todos. Nosotros no tenemos pasta como para dar y tomar, ¿quién la tiene? Pero entre todos... ¡Vaya con Cali! No me podía ni imaginar que iba a acabar así. Me muero de ganas de verlo. Esta noche le digo a mi padre que quiero ir a dormir a Pontevedra, que necesito preguntarle unas cosas a Mariángeles. Él supondrá que son tonterías de cualquier asignatura, y así podré ver a Cali. Me come la curiosidad por ver cómo ha cambiado.

Cali ya no se relaciona conmigo para nada, me ignora por completo, y casi se lo agradezco. A casa sólo va a dormir y a buscar dinero. Parece un zombi sonámbulo y anoréxico.

¡Dios! Necesito escribir esto, necesito contarlo y sé que no puedo decírselo a nadie. Mis principios me impiden considerar correcto lo que he hecho. Ha sido una verdadera profanación.

¡Leches! ¿Qué ha hecho esta?

Fue su chica quien lo arrastró a su situación actual. Cali estaba colado por ella y quería sacarla de esa porquería. Esto lo deduje después de entrar furtivamente, como una espía profesional, en el cuarto de Cali. Al principio mi intención no era otra que

la de estudiar en una habitación más fresca y aislada de los ruidos propios de las calles céntricas. Tiene una cama nido, de esas que están pegadas a la pared. Ente la pared y la cama encontré un libro. Yo no lo estaba buscando. No buscaba nada, al menos de manera consciente. Se me cayó el lápiz y metí allí la mano para sacarlo.

¡Esto se está poniendo la mar de interesante!

4

Abrí aquella especie de libro con una curiosidad enfermiza. Era una agenda de fecha atrasada en la que aparecían una serie de cartas con la letra de mi tío. Las leí con suma atención. Venían a ser pensamientos puestos en palabras escritas, como los que yo vuelco ahora en estas páginas. Eran demasiado íntimos y no pude contener mi repentina curiosidad, a pesar de que mi actitud no me parecía correcta en absoluto.

Esta Mariángeles siempre ha sido un poco estrecha. Somos una especie de familia *Monster* variopinta. Yo ahora mismo estoy haciendo lo mismo, profanar documentos privados, y lo único que siento es curiosidad. Bueno, es verdad que también yo entré en esta habitación por otros asuntos, fue una casualidad y no me voy a comer el coco por estar leyéndolos. Tengo la ventaja de que a mí no me puede castigar Dios. Yo no creo en su existencia. Lo que sí quiero es ir a ver a Cali, comprobar si todo esto es cierto. A mí me gusta ver las cosas de cerca.

Eran palabras tan íntimas, tan dulces y sentidas que, de no haber reconocido la letra, me hubiera parecido imposible que una persona tan ida fuera capaz de utilizar semejante pureza de expresiones. Parecía que estaba hablando directamente con su chica. Había muchísimas cartas, todas con la fecha y la hora; todas escritas a partir de las doce de la noche, como si formaran parte de su cotidiano rezo nocturno. En ellas le pedía por favor que saliera de eso, que lo intentara, que la quería a morir, pero que si seguía metida, él no podría continuar con ella. Amarla fue como amar a un viento fuerte que barriera su propia voluntad y lo deshinchase por dentro como un flotador pinchado que se vacía de toda la ilusión de seguir navegando en la superficie.

¡Joder!, pues mira que le dio fuerte a mi tío. Yo también he escrito cartas de amor. ¡Y qué cartas!, pero de coña. Tito y yo nos hemos pasado algunos fines de semana muertos de risa, inventando pasiones de lo más fuerte, como si estuviéramos a tope por una chavala. Después las leíamos con tono de juglares medievales, nos partíamos el culo de risa y las rompíamos. El cabrón de Tito se guardó algunas y se las mandó a

chavalas de por ahí. Algunas se lo han creído y no nos dejan ni respirar. Se lo tomaron demasiado en serio. Es que la gente no se da cuenta de que las palabras también pueden ser un juego, una fábrica de situaciones imaginarias para entretenerte en un determinado momento, o que te invitan a reflexionar un poco, o a soñar, sin más. Cuando las tías se creen todo lo que les dices, te asfixian, tío. Nosotros hemos hecho algún poema cojonudo:

*La brisa me trae aromas,
pensamientos dilatados
que se clavan como agujas
en mi pecho enamorado.
¡Te quiero desde antes de que existieran las palabras!*

Deseo enamorarlas para ver si se suicidan por mí. Bueno, esto es una broma. En realidad, yo no soy ningún seductor, son ellas las que me fascinan a mí. Hasta hemos pensado montar un teléfono erótico, en plan cachondeo, claro: «Tengo en mis manos una manzana dorada como tu pecho. Ahora la muerdo, la saboreo, me tumbo lentamente en la cama...». ¡Yo qué sé! Eso fue algo que se nos ocurrió un día que estábamos algo rascados. A lo mejor todo se queda en humo, en humo contaminante. Y a mí, si lo pienso, todo lo que tenga que ver con la contaminación... Mi obsesión es el medio ambiente. Sé que llegará un momento en el que todos nos iremos a la mierda por culpa de cualquier mariconada que pase por ahí y, hala, con la trompa como los elefantes de Zimbabue por la putada esa de los residuos tóxicos o no sé qué emisiones contaminantes. Ahora les ha tocado a ellos, ¿y cuando nuestra trompa se quede paralizada por toda esa mierda? Y la gente tan tranquila. Les preocupa más la cotización del marco frente al dólar que cualquier amenaza al ecosistema. Son todos como el rey Midas. Mi sueño sería este: volver a la Edad Media y llevarme conmigo a los tíos de *Greenpeace*. Supongo que eso mueve mucho dinero, pero es de lo que viven y para lo que viven.

A propósito, esto huele a cerrado. Me voy a echar un poco de colonia. No duerme nadie aquí en toda la semana y con abrir una noche la ventana no es suficiente. A mí, si huele bien, me da igual que le llamen perfume de hombre, de mujer o de maricón. Yo por el olor no lo distingo. ¡Joder con la rosca! ¡La ha dejado a prueba de ladrones! ¡Por fin! Sí, esta huele bien. Si ahora mismo pillo una chorba de esas y le suelto este aroma, seguro que se muere por un cepillado automático. A mí me gusta el sexo, tengo bastantes amigas íntimas. Cuando se ponen a hablar de esas cosas, de cuándo fue la primera vez y tal, no me gusta recordarlo. El único que sabe la verdad es Tito, que es un poco como mi propia sombra. A los demás siempre les contesto lo mismo:

—Yo no he tenido primera vez. Ni me acuerdo.

Y no miento mucho. En realidad ya había imaginado muchas primeras veces antes de aquello. Saboreé un placer que sólo estaba en la puerta de mi mente, al

alcance de mi mano, pero que no acababa de hacerse realidad. Me despertaba con la sangre golpeándome en las venas y las mejillas encendidas. Era como un fuego de esos íntimos, sin llamas, pero que queman que no veas. Todavía me pasa de vez en cuando...

5

Fue durante las fiestas de La Peregrina en casa de mi abuela. Yo tenía catorce años, nunca lo olvidaré. Ella tendría diecisiete. ¡Joder, cuánto me arrepentí! Me quedé traumatizado para toda la vida. Creo que ella ya lo había hecho otras veces, pero de eso no hablamos. Nunca me dijo nada. Desde entonces procuramos no encontrarnos frente a frente y, todo lo más, las únicas palabras que cruzamos son *hola* y *adiós*. Yo quiero olvidarlo, no deseo hablar de ello con nadie, a lo mejor así desaparece de mi pensamiento y se convierte en una mentira. No fue nada agradable. Me parecía que se me iba a notar en la cara, que todos veían mi pecado. Creí que me ponía enfermo de vergüenza.

Ese maldito día habíamos quedado allí a dormir todos los primos. Caía la noche y los objetos se convirtieron en sombras. Un montón de gente en la misma habitación. La calle parecía dormida y yo al recordarlo incluso me transformo. Sentía unas cosquillas incómodas de esas que hacen que te pique todo el cuerpo y en especial ciertas partes, que en principio no acertaba a localizar. Esa especie de urticaria que te invade por dentro y ni siquiera sabes dónde rascarte. Sueñas que aprietas algo contra ti con frenesí, con desesperación, y te despiertas sudando. Hacía tiempo que yo había aprendido a calmar ese fuego que te deja KO. La primera vez fue en las duchas del colegio. Después comprendes el significado de ciertas picadas que se lanzan unos a otros. Te das cuenta de que no eres un bicho raro y te sientes mejor. Fue entonces cuando me enteré de por qué al Rizos le llamábamos *Pájaman*.

Esa noche, en casa de mi abuela, igual que en otras noches... igual que en otras muchas ocasiones desde hacía un tiempo, los pensamientos raros volvieron a mi mente. Eran ideas que se me antojaban de un perverso sexual. ¡La leche! Hacía muchísimo calor y no todos estaban de acuerdo en dormir con la ventana abierta. Intenté superar mi claustrofobia. Me pareció que todos dormían. Me levanté y fui a tuestas hasta la cocina; abrí la nevera, cogí la jarra de agua y bebí. Bebí con ansia hasta que sentí una presión en la vejiga que me impulsó hacia el cuarto de baño contiguo para orinar. Volví a la habitación y abrí la ventana lo más silencioso que

pude. La débil luz de la farola de la plaza entró en el cuarto. Necesitaba mitigar aquel intenso olor a pies y a sudor. Serían las tres de la mañana. La escasa luz fue suficiente para descubrir un hueco en uno de los colchones que se habían puesto sobre la moqueta. Me acosté allí y traté de tranquilizar mis sucios pensamientos. De pronto, como una serpiente que surgiera inesperadamente de las aguas de un estanque, una mano empezó a deslizarse lentamente hacía el centro de mi perversión mental. Enseguida adiviné que se trataba de mi prima Rita. No fue difícil, conocía el contacto de aquella mano de otros juegos, cuando éramos más pequeños y la mente todavía no me castigaba con sentimientos de mala conciencia. Se me aceleró la sangre y la razón se me partió en mil pedazos. Me quedé hipnotizado, no me hubiera movido de allí aunque se anunciase un terremoto. De repente se borró la silueta de las sombras. No veía nada, sólo sentía. Fue como cuando uno va a robar fruta la noche de San Juan y sabe que tiene que darse prisa para que no lo pille el dueño de la finca. Nos separamos enseguida. Fue un corcho que salió disparado de una botella de champán, y después silencio. Un silencio que lastimaba. Y en el silencio un sollozo.

—¿Qué hemos hecho? ¡Somos primos!

Asustada, Rita empezó a llorar por nuestra inmoralidad. Yo quería taparme los oídos para no oírla. Estaba muy impresionado. Me sentía acobardado hasta el borde de la agonía, igual que cuando murió mi madre. Me dolía la garganta como cuando era niño y aguantaba las ganas de llorar. Pensé en las precauciones que hay que tomar en esas ocasiones y que a mí ni se me habían ocurrido. Nunca iba equipado, nunca hasta ese momento había entrado en una gruta desconocida nada más que con el pensamiento. Rita continuaba destrozando mi conciencia. ¡Dios, la he matado! Jamás volvimos a hablar de eso. Ese día pensé que había perdido la capacidad de enamorarme. Cuando por fin abrí los ojos, las sombras se habían convertido en fantasmas. El resto de la noche lo pasamos en el más absoluto silencio. Era un silencio solidario, como esos que siguen a una tragedia. Me gustaría poder olvidarme de todo.

Durante un tiempo quedé vacunado contra esas cosas, no quise saber nada hasta que conocí a una chavala, ¡qué tía!, estaba como un tren. Tenía piel de manzana sin gusano antes de ser arrancada del árbol, y una cara en la que destacaban dos faros casi negros que poseían la magia de iluminarme, de encenderme. Me gustaba su pelo sedoso, el tono de su voz, la mirada, la manera de reír, su olor..., ¡qué sé yo!, ¡todo! Todavía ahora, el recuerdo de esa... de esa cabrita, me lleva al paraíso. Para mí era como una luz que aparecía en mi vida. Estuvimos saliendo más de seis meses, y la respeté. No pasamos de unos besos ligeros en el cine o en el portal de su casa en Caldas. ¡Qué sabor tenían! El hecho de tener su mano apretada entre las mías ya me hacía volar por los aires, elevando mi pensamiento a lugares en los que estábamos los dos solos. Mi futuro se proyectaba en ella y en esos lugares.

—¡Que nos pueden ver! ¿Qué va a decir la gente?

Era... era demasiado responsable, demasiado seria, pensaba mucho las cosas

antes de hacerlas; las analizaba tanto que resultaba molesta, pero a mí me gustaba a morir. Aquella espera impuesta, aquel tiempo aguardando que la manzana madurase, se me hacía eterno. Llegó a convertirse en una tortura sin verdugos visibles. Rompimos. No, no rompimos, dejamos de vernos y ya está. Fue muy fuerte. No había pasado ni un mes cuando me enteré de que se había acostado con un tipo. ¡Lo había hecho! Me jodió tanto que conmigo se hubiera hecho la estrecha, que a todo me dijera que no, que no quisiera pasar del morreo o el roce para luego lanzarse con el primero que me sucedió, que esto provocó mi mutación en las cuestiones de sexo. Ahora la única precaución que tomo es la de ir siempre equipado. Los compré por cajas. Lo pasé jodidamente mal. A veces sueño que entro en ella con rabia y siento deseos de hacerla desaparecer.

6

Cuando tengo ocasión practico el sexo. Sólo eso, el sexo por el sexo. Soy un poco machista, pero reconozco que las tías no son tan tontas como las pintan. A veces son más inteligentes que nosotros. No es verdad que todo sea llegar y llenar. Eso casi nunca pasa.

Mariángeles asegura que soy totalmente machista. Cuando vamos los dos en la moto, quiero ser yo el que conduce. ¡Pero si ella no sabe! Tengo miedo de que nos demos una leche. Tiene que coger práctica y llevarse los tortazos ella sola, como me los he llevado yo. Soy machista, y egoísta también. Sólo pienso en mis perros, porque son míos.

Hay veces en que no te comes una rosca. En el verano sobre todo y en época de vacaciones, es cuando me dejan estar por ahí hasta tarde. En ocasiones vamos a una discoteca. Tito liga cantidad, pero no se acuesta con las tías, al menos que yo sepa. Como aparenta más edad de la que tiene, se lía con tías mayores que él. Algunas tienen mucho morro, pero yo tengo más.

Me presentaron a una tía de veinte años, y me preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

Yo siempre les digo la verdad; no como otros que dicen que tienen más edad de la que realmente tienen.

—Diecisiete. ¿Pasa algo?

—Eres muy joven.

—¿Qué pasa? Si tanto te importa mi edad, lárgate.

—A mí la edad no me importa.

Ella ya sabía lo que quería. Bueno, no creo que todas sean iguales, tampoco nosotros somos todos iguales. Creo que yo soy distinto de los demás. Soy romántico, pero no quiero que se me note. Voy de duro por la vida. Sé que llegará un día en el que me volveré a colar por una tía, sin remedio, que estaré por ella como mi tío Cali, lo sé. Y aunque ella me mande a la mierda yo seguiré detrás, como un perro. Ya sé que el amor puede ser algo muy jodido. Algunas veces te vienen ideas raras por lo que escuchas decir a la gente.

Cuando voy a una *disco* y es uno de esos días en que no sabes qué coño te pasa, pero que te mueres por encontrar una tía y bailar muy apretados, aunque no se vea bien, busco a ojo una que se parezca a Claudia Schiffer.

—Bailas muy bien. Te he estado mirando toda la noche —le digo de entrada.

Y es cierto que tiene que bailar bien. Si tengo que ir arrastrándola como a una moto con las ruedas pinchadas, se me cortan las ganas; pero si sabe bailar, tío, me pone a cien.

Otras veces les entro hablándoles de mi verdadera pasión, de los perros, y así me voy arreglando.

Si ella tiene gusano de marcha, apoya la cabeza en tu hombro y no dice nada. Tú te vas acelerando y, cuando intuyes que puedes seguir adelante, la sangre te golpea en las venas y le das un poco de conversación. No es verdad eso de llegar y, venga, ya está. Las cosas hay que trabajarlas e incluso así corres el peligro de equivocarte y recibir un par de hostias. Y según va reaccionando, sabes si puedes seguir o no, aunque con este lío del sida... Empiezas a sentir sus limones clavados en tu pecho como si tuvieran un fuerte imán. Acaba la música y tiras de ella hacia afuera, o es ella la que tira de ti; en ese caso te dejas ir. Buscáis juntos un lugar oscuro y ya no se necesitan más palabras. Llega el momento más fugaz, un instante, el que te gustaría prolongar, y se acabó. Ya no vuelves a verla. Algunas veces sigues diciéndole *hola*, otras ni eso.

La verdad es que yo para eso tengo que estar algo rascado, si no me echo un poco para atrás. Tengo que ir con Tito. Con Tito voy a cualquier sitio. Juntos no tenemos miedo de nada. Le echamos valor aunque tengamos que enfrentarnos con treinta o con cuarenta. No sé qué demonios nos pasa que incluso nos gustan las mismas mujeres. Cuando van en parejas lo tenemos fácil.

—Ésa para mí y aquélla para ti.

Hay días negros en los que vamos a la discoteca con intención de comernos el mundo.

—¡Hoy vamos a por todas! —Y después nada.

No creo que me case. La mayoría de los matrimonios tienen problemas. Me junto con una tía y, si se acaba la historia, no pasa nada. Tito a veces piensa en tener hijos y le da miedo que se le pegue lo de su madre, lo de heredar eso de tenerlos de dos en dos. Yo no me planteo nada de eso. Cuando Tito y yo vamos en plan de tragamos el

mundo, nos separamos. Al final de la noche nos esperamos en un sitio acordado para volver juntos a casa. Por el camino nos contamos las aventuras como si viniéramos de explorar los mares del Sur. Pero no siempre. Si la chorba te importó un poco, entonces no cuentas nada, te callas. Y además, este tipo de cosas sólo se las cuento a Tito, a los demás ni palabra.

Hay días en que es tan fácil que tú no tienes que hacer nada, ya lo hacen ellas todo. Y si son extranjeras mejor. Menos compromiso. Pero otras veces llegas a la *disco* y nada. Te lo tienes que montar tú. Te sientes como si tuvieras el mono de divertirse como sea e intuyes que si no vas un poco lanzado será un mal día. Eso nos sucedió en una ocasión el año pasado. Nosotros siempre bebemos zumos, pero aquel día Tito y yo teníamos ganas de que pasara algo especial, no sabíamos muy bien el qué. Nos bebimos un *tumbadiós* y enseguida nos colocamos. Como no tenemos mucha costumbre, lo conseguimos antes y así nos sale más barato. Con un poco que bebas ya te pones alegre. Tampoco nos interesa llegar al límite. Hay que dejar fuerzas para volver a casa.

Ese día nos pusimos a bailar solos. Parecíamos dos maricones. Poco a poco se fueron añadiendo más, como si fuera una enfermedad contagiosa. De repente pusieron una música que sonaba a *estriptis*. Sin cruzarnos palabra tuvimos la misma idea y empezamos a hacer el tonto. Se estableció entre los dos como una especie de competición a ver quién era capaz de llegar más lejos. Muy despacio, empecé a desabotonarme la camisa. Yo siempre voy con camisa a la *disco*. Me la fui quitando y vi que los demás también se quedaban con el pecho al aire. Me la até a la cabeza como los musulmanes. Se quitaron el cinturón. Yo también me quité el mío. Desabroché el botón del pantalón y bajé la cremallera. Nos imitábamos unos a otros, convirtiendo la escena en una especie de danza de los siete velos. Surgieron frases obscenas en las bocas más descontroladas:

—A ver quién la tiene más grande.

—Mi *paquete* está certificado.

—Tito seguro que la tiene torcida, por eso no la quiere estrenar.

Me bajé poco a poco los pantalones y en esto que siento una mano sujetándome por el brazo. Era uno de esos de seguridad que tienen en las discos, y nos echó fuera. Estábamos tan peneques que obedecimos sin oponer resistencia. No teníamos capacidad ni para sentirnos humillados. De camino a casa, Tito empezó a cantar su versión de una conocida canción popular. Los demás hicimos coro con él. Ese Tito es criminal para las canciones.

Al pasar por Cuspedriños
no me hace falta motor,
que tú y yo vamos lanzados
galopando en un colchón.

Habíamos ido al pueblo en un taxi pero volvimos andando cada uno a su aldea. La moto, cuando la llevamos, nos la recoge cualquiera que esté en buenas condiciones. Es un trato que tenemos. Si no estamos despejados ni siquiera nos montamos detrás. Precisamente en una ocasión que conducía Tito y los dos íbamos un poco contentos, me dejó caer el muy cabrón. Por poco me mato. Al recuperar la lucidez juramos que cuando la cosa está así, cogemos un taxi o vamos andando, y desde entonces lo hemos cumplido. Yo soy de los que cumplen las promesas. Sé respetar los acuerdos que se toman, por eso creo que puedo ser un buen criador de perros. Sé hasta dónde se puede llegar y dónde hay que parar.

7

Vamos a ver qué más ha escrito la hija de los *Monster*.

Yo creo que la novia de Cali ya no es un ser humano, es pura droga. Me ha contado Pichón que cuando Cali la va a ver a su casa lo recibe de muy mala manera.

—Si traes dinero puedes pasar; si no, no entres. Yo a ti no te quiero sin dinero.

Lo que me rompe el alma es comprobar cómo Cali se va deteriorando como si fuera un muñeco de cartón bajo la lluvia, también él se va deshaciendo, convirtiéndose en droga poco a poco. Ya ni siquiera tiene interés por la comida. Mi abuela no hace más que prepararle bocadillos para que coma algo. Esos bocadillos son los que lo sostienen. Ahora ya resulta muy difícil echarle una mano. Experimento una impotencia tremenda. Siento pánico. Sí, siento pánico al pensar que un día Moni pueda acabar igual. Tengo que abrirle los ojos, buscar un hueco para hablar con él de cosas muy serias.

¡Pero Mariángeles! Si yo ya tengo los ojos como platos, ya casi no me caben en la cara. Esta hermana mía vive en una burbuja de cristal. Se cree que todavía me chupo el dedo. Yo de sobra sé dónde me meto.

Desde que voy a estudiar a Santiago he tenido amigos de todo tipo: drogatas, contrabandistas, *pijos*, estudiosos y vagos como yo... Es mentira que te influyan tanto como dicen. El que se mete en esos ambientes es porque quiere, si tú no quieres no te mete nadie. Es cierto que hay gente que entra fácilmente, pero es gente débil. Lo que Mariángeles no sospecha es que yo he estado con Cali y Pichón en esas movidas. Ellos tomaban pastillas de esas del *bakalao*, el éxtasis del chunta-chunta, para aguantar saltando toda la noche, pero yo nada.

—Me voy a ventilar una pastilla.

—Haz lo que quieras, es tu cuerpo —en la situación en la que estaban yo no les decía nada en contra, ¿para qué?

Antes de que se metieran en los malos rollos, hemos pasado buenos ratos juntos. Que le dieran a los porros es una cosa, pero esto otro... Había días en que llegaban a casa que no podían ni con su alma. Por aquella época no había manera de sacarlos de la discoteca aunque se les cayeran los pantalones.

—Quiero más, quiero seguir...

Moviéndose y moviéndose, sin ritmo ni nada, como poseídos del demonio. Luis, mi amigo de Santiago, algunas veces también se ponía ciego, y yo me cabreaba con él:

—¡Oye, tío, te estás pasando! Que fumes porros..., pero esas cosas...

Él lo comprendió y lo dejó. No está enganchado. En una ocasión se puso a morir y ahora ya no toma. Cogió miedo. Estaba tan pirado que se montó una plantación de marihuana en la huerta. Ahora dice que va a cortar las plantas. Ése sí que tiene una vida guapa para contar. Así, con todas estas cosas, yo me digo: «Ya he vivido todo lo que hay que vivir. No me importa morir».

Y es verdad. Ni siquiera sé para qué estoy yendo y viniendo a Santiago toda la semana. ¿Cocinero? No sé. Me jode estudiar. En la única profesión en la que me veo a mí mismo es en la de criador de perros. ¡Nunca, nunca me gustó estudiar! Leer sí que leo, leo mucho, pero cosas de brujería, de terror y así. A mí esos libros de pena, que te hacen llorar, no me van. Ésos los dejo para Mariángeles.

8

Me gustaría tanto encontrar apoyo en Moni. Necesito hablar y hablar con él durante horas para hacerle comprender que con ciertas amistades va por mal camino.

También yo tendría buenos consejos para darte, hermanita. Sobre todo en cuestiones de sexo, que tú todavía estás en blanco.

Ha cambiado mucho desde que se murió mamá. Éramos muy pequeños, pero se me ha quedado grabado. Lo que más me dolió fue que él no soltara ni una lágrima. Como si no le importara o como si no quisiera asimilarlo. Se ha ido volviendo un poco bestia. ¿Cómo le voy a contar lo de Cali?

¿Que yo he cambiado desde que se murió mamá? ¡Hombre, ya no llevo pantalón corto! ¿En qué he cambiado? ¿Qué es lo que tendría que haber asimilado?

Yo tenía entonces doce años, Moni once, pero yo sí fui consciente de su muerte.

Este Moni... algunas veces me sorprende tanto... Es simpático a tope. Mis amigas se quedan todas prendadas de él cuando se lo presento.

¡Vaya! Tengo que aprovecharme. En cuanto a lo de mamá, yo también fui consciente, ¿qué se ha creído esta? Todavía me acuerdo del día que volví a la escuela, el de mates me miró la libreta y me puso a parir porque no tenía hechos los deberes.

—Es que estos días he faltado a clase.

—¿Has estado enfermo?

—No.

No tenía ganas de darle explicaciones. Lo que quería era olvidar el ambiente raro en el que acababa de vivir. No deseaba dar sensación de debilidad, de pena, pero el muy cabrón se puso como un loco.

—Faltas a clase cuando te da la gana, no haces los deberes, pasas de todo como un desvergonzado y ni siquiera te dignas inventar una disculpa.

Y mientras el tío despotricaba yo me fui poniendo furioso, hinchándome de rabia como un globo al que le introducen oxígeno sin control. Y exploté:

—¡Se ha muerto mi madre!

No sé qué cara puse. El tío se quedó tieso como una columna. Luego murmuró algo por lo bajo de que allí no se informaba de nada y siguió dando la clase como siempre.

Creo que fue a raíz de eso cuando empecé a preguntarme por qué estamos aquí y a dónde vamos. Supongo que todo dios empieza a hacerse preguntas a raíz de algo, a una cierta edad.

Mi padre siempre me decía que yo iba a madurar antes que las otras chicas de mi edad, que tenía que entender que no iba a ser como ellas. He tenido que aprender a vivir con esa mutilación.

¡Pero bueno! ¿Qué le falta a Mariángeles? A ver si le han cortado una pierna y yo no me he enterado. ¡Bah! ¡Tonterías!

Hoy en día me considero igual que las otras chicas, pero siento como si me faltara un bastón, como si sólo me pudiera sostener de un lado. Sé que mi padre se refería a la falta de mi madre. Moni era más pequeño y entre nosotros nunca hablamos de ese tema. A mí se me mete en la cabeza que actúa a lo loco porque no quiere pensar en nada. Me gustaría tanto que nos sentáramos y hablásemos. Que hablásemos de Cali, de mamá, de sexo, de nosotros mismos, de los recuerdos que compartimos... Creo que no quiere. Se ha puesto una coraza de tipo duro y no hay quien se la quite.

Que no, mujer; que puedo hablar contigo de todo eso cuando tú quieras. Antes me afectaba, pero ahora ya no me importa.

Sabía que se iba a morir. Yo tenía alguna información sobre el cáncer. Por lo menos sabía que era algo a lo que había que tenerle miedo, y sabía que mamá tenía esa mierda. Lo supe sin que nadie me lo dijera. Era suficiente con escuchar a los demás. Y yo siempre he tenido buen oído. Un día mi padre me lo dijo sin rodeos.

Vino a mi habitación y me lo soltó. Fue como clavar una aguja en un sitio donde tienes un callo duro y no te duele ni te afecta porque no te sorprende, o eso era lo que yo creía.

—Mamá tiene cáncer y se va a morir. No sé si le quedan meses u horas, pero se muere.

¡Hostia! Se me subieron las tripas a la garganta. Aunque ya lo sabía, sabía que le habían quitado un pecho y eso, pero tenía esperanza. Pensaba que como la habían operado, se podría curar. Incluso estaba convencido de que las tetas que ponían eran algo así como el trasplante de riñón, que eran de verdad. Puede salvarse, puede salvarse. Pero después de hablar con mi padre comprendí que no había nada que hacer, que todo se iba a ir al carajo. No lloré. Mariángeles sí. Mariángeles lloraba entonces por cualquier cosa, yo no. Después nos dijo que teníamos que ser fuertes y tal. Yo al principio me quedé muy afectado, pero después seguí alegre como siempre.

El día en que se murió hice un poco el tonto. Vino la tía a mi habitación y yo pensé qué hacía allí a aquella hora si no vivía con nosotros.

—Venga, levántate que te vas a Pontevedra.

Comprendí lo que pasaba y me dije, vaya carajo, ya está. Escuchaba a la gente que hablaba en el pasillo. Era lunes, un día de clase normal, gris, con nubes feísimas que amenazaban tormenta. Yo gastaba bromas, como siempre.

—Vale. ¿Y a qué vamos a Pontevedra? ¿Tú crees que está día de playa? —Y hacía como que no había pasado nada.

Lo único que me contestó mi tía fue:

—Mariángeles y tú tenéis que ir a hablar con vuestro padre.

—¡Hala, otra bronca! —le solté yo.

De sobra sabía lo que me iba a decir. Por el pasillo, mientras pasaba entre la gente, me puse serio. Me controlé. Todo ese día estuve haciendo teatro. Pensaba: «A ver si hago teatro tan bien, tan bien, que convierto en mentira todo esto». Mi tía estaba tan seria que era facilísimo deducir la tragedia. Tengo como un *flash* de aquellos momentos. Mi padre nos llevó a los dos a la sala y cerró la puerta.

—Ha llegado el momento. Mamá se ha muerto.

Se echó a llorar y Mariángeles también. Yo quería mucho a mi madre, pero no fui capaz de soltar una lágrima, tío. Desde entonces creo que sólo he llorado el día aquel que me hicieron picar cebolla una hora entera. Quería llorar, de verdad que quería llorar, incluso hubiera quedado mejor, pero ni siquiera sabía lo que sentía. Me dio por reírme de todo.

—¿Adónde quieres que te llevemos?

—A casa del tío Joaquín.

¡Hostia!, pensé, ¡no será para siempre! Cuando íbamos en el coche creo que me resbaló por la mejilla una lágrima de cocodrilo de mala calidad. Estaba zombi perdido. Me decían cualquier cosa y yo no entendía nada ni les hacía caso. Me daba cuenta de que me hablaban, pero no los oía.

—Fran, ¿cómo estás? —Me quedaba mirándolos y no decía nada.

Creo que no escogimos bien el sitio a dónde ir. Mi abuela siempre ha sido poco habladora; mejor hubiera sido que yo me hubiera ido con ella. A Mariángeles le gusta que le anden con cuentos, a mí no. ¿Qué tal estás? Parecían subnormales. ¿Cómo iba a estar? Jodidísimo. Al ver que no contestaba ni hacía caso, al fin me dejaron en paz.

—¿Quieres irte a dormir?

—Sí —fue lo único que dije.

Me metieron en una habitación. No sabía qué hora era, si ya había pasado la hora de comer o no... Me quedé dormido enseguida, como si hubiera estado segando un prado de hierba. ¡Con lo que a mí me gusta!

A media noche me desperté y pensé... ¡Yo qué sé! En los últimos días mi madre no había querido vernos...

9

En una ocasión entré en su habitación y le leí uno de esos cuentos que hacíamos en la escuela. Ya estaba en fase terminal. A ella le daba la risa, pero le dolía todo el cuerpo. Al final, en vez de reír acabó llorando y me echó fuera. Me dijo vete porque no sé qué. Y yo me fui. Ella lo sabía todo. Estaba cansada de saberlo, por eso no nos quería ver. Hubiera sido mejor que no lo hubiera sabido.

Uno de aquellos días se me ha quedado especialmente grabado. Con la quimioterapia se te cae todo el pelo y te quedas completamente calvo. Ella era muy presumida. ¡Hay que ver cómo nos traía vestidos! Parecía que siempre estábamos de fiesta. Como no tenía pelo, le habían comprado una peluca. Yo no lo sabía. La veía con pelo y suponía que era el suyo. Se lo notaba un poco raro, pero pensaba que había cambiado de peinado o que no tenía ganas de peinarse mejor. Un día al volver del colegio fui a dejar la cartera a mi habitación. La puerta de su dormitorio estaba abierta y vi la peluca encima de la cama y a ella acostada sin pelo. Parecía Mortadelo. Fue una visión momentánea, como si apagasen la luz. Volví atrás, miré de reojo y eché a correr hacia mi habitación pensando: «Esto no puede ser, no puede ser cierto, yo estoy alucinando». Unos días después se la quitó delante de nosotros y entonces entendimos de qué iba la cosa.

Lo peor fue cuando aparecieron los curas. Si llega a ser hoy, los echo a patadas. Vinieron porque los llamó la abuela, que mi madre no quería curas. Si fuera ahora se tragaban las escaleras. A mí, así vestidos de negro, me parecieron buitres que esperan

volando en círculos la muerte de su presa para empezar a destriparla. Antes sí que había curas en esta casa. Incluso teníamos capilla. Mis bisabuelos maternos eran gente de mucha alcurnia.

Ahora ya no sé qué es mejor, si morirse poco a poco o morir todo junto de repente, en un accidente. Para ella lo suyo fue peor, tuvo que sufrir un montón; para nosotros no sé.

El día que volví del destierro en casa de mi tío Joaquín, estaban todos en la cocina. Ya sabía que no iba a encontrar allí a mamá, con lo que no contaba era con que hubiera tanta gente. No sé qué me pasó y, aprovechando que no había ninguna silla libre, aparecí sentado en el regazo de mi abuela. Yo estaba un poco en el limbo. Me sentía mareado y me molestaba toda aquella gente. La abuela me pasaba la mano por la espalda, me acariciaba el pelo... ¡Hacía tanto tiempo que nadie lo había hecho! En aquel momento lo necesitaba, confieso que me sentí un niño pequeño.

—¡Míralo, en brazos de su abuela, como un bebé!

Me levanté rápidamente como si me hubieran quemado, y me escapé a mi habitación. Deseaba matarlos a todos menos a la abuela. Juré ser fuerte y no llorar. Alguien tenía que ser el fuerte.

Aquella temporada notaba que mi padre estaba jodido.

—Estoy bien, estoy bien.

A la legua se veía que se trataba de una careta que se había puesto. Hablaba mucho con nosotros y yo creo que era más para tener a qué agarrarse que por consolarnos. Nos decía que teníamos que salir adelante y yo sentía que se me pedía más de lo que podía dar. Y ya empecé repitiendo aquel curso. Este año también voy repitiendo, pero espero aprobar. A ver...

10

Algunos rezan para aprobar. Yo no. Como no creo en Dios ni en Satán ni en nada, no rezo. Si Satán existiera, digo yo, sería una víctima más de Dios que fue quien lo creó así de malo. Y ahora Satán, en venganza, se ha hecho el amo de la humanidad y sobreviven los cínicos, los poderosos, los mentirosos, los inmorales... Bueno... También hay alguna gente guapa: yo, por ejemplo.

A mí de pequeño me metieron en la cabeza eso de la religión, pero al morirse mi madre quedó demostrado que no hay nada. ¿Qué le había hecho ella a Dios? ¿Por qué se tuvo que morir?

Alguna de las pocas veces que he hablado con Mariángeles, ella ha dicho que también se hace preguntas, pero que sigue creyendo. En los curas no, pero en Dios sí. Vaya... que cree en ellos, pero que la confesión, ella sola con Dios.

Somos una familia de locos. Ella dice que ha inventado una religión particular, a la medida de sus necesidades, y que mucha gente hace lo mismo. ¡Otra pirada!

Si es cierto que por huevos hay que creer en algo, yo creo en mis perros y creo en Tito. Con él, hasta el fin del mundo si hiciera falta. Estoy convencido de que no me va a fallar, ni a traicionar, ni me va a dejar tirado.

Hace unos días estuve discutiendo con unos que dicen ser cristianos. A mí me gusta mucho discutir con cristianos de esos que van a misa todos los domingos. Le pregunté a uno:

—¿Por qué crees tú en Dios?

—Porque así me lo han enseñado mis padres.

—Eres un ignorante. Los curas creen menos que yo. Ellos tienen que hacer su trabajo para ganar dinero —conseguí que todos dudaran—. Dudar es un pecado muy grave, así que he hecho que pecarais todos.

Entre ellos había una chavala que cree mucho en esas cosas, pero al final ya la hice dudar a ella también. Acabó diciendo que tenía que haber algo. Ya no le llamaba Dios.

—¿Ves? —le dije—. Ahora ya le llamas *algo*.

—Es que Dios es algo. No seas tan cerril, hombre. Seres humanos de todos los tiempos y sin estar en contacto entre sí, han creído en la existencia de un ser superior. Que se le llame Dios u otra cosa es lo de menos. ¿Cómo te explicas esto? Nosotros inventamos cosas que a su vez hacen otras cosas; pues a nosotros nos ha creado alguien, por eso no hay ningún humano que conozca con precisión el funcionamiento de nuestro cuerpo.

—¡Paridas! La única manera de saberlo sería viajar en una máquina del tiempo hasta nuestros orígenes y pillar a Dios haciendo el mundo.

—¿Sí? Pues aplica el cuento para demostrar que nuestros comienzos están en un átomo de hidrógeno y, hala, esperamos unos cuantos millones de años y salimos nosotros.

—Sííí... Supongo que habrá sido al juntarse un hidrógeno macho con un hidrógeno hembra.

—¡Bah! Deja de decir tonterías cuando no tienes argumentos. La vida es un milagro que nosotros no podemos explicar.

—Los milagros no existen, los mandó al carajo la ciencia. Ahora los sordos oyen, los cojos andan, los ciegos ven..., todo gracias a ciertas operaciones. Y si no se pueden salvar, se mueren y desaparecen como un perro o un gato.

—Mira Moni, yo no sé si tú no tendrás implantado un *chip* en el cerebro. ¿No andarás mal del disco duro? ¿Acaso te sientes mejor ahora que cuando eras creyente? Sólo por eso ya merecería la pena creer. ¿No crees en otras cosas porque piensas que

te hacen bien? ¿Por qué viniste con nosotros a hacer la ruta del Camino de Santiago? ¿Sabes lo que pienso? Que ese rechazo tuyo al cielo no es más que el apego que le tienes a la vida, así que no fardes tanto de que no tienes miedo a morir. A lo mejor si supieras que para ir al cielo no hacía falta morirse...

No le contesté, no merecía la pena. Mira qué buenos consejos te dan: si te sueltan una hostia, tú pones el otro lado para que te den otra. Si te sueltan una hostia, me cago en la leche, se la devuelves.

—¡Qué bien se está sin Dios! —le solté para hacerla rabiar—. Los domingos no tienes que madrugar para ir a misa...

En el pueblo ya me conocen. Dicen que estoy mal de la azotea. El cura que nos da *reli*, ese sí que es un cachondo. Es franciscano. Me invita a café, y anda metido en una historia de esas de ayudar a drogatas y tal. ¡Hostia! Podría hablarle de mi tío Cali, a ver si le puede echar una mano.

Hace tiempo rompí un crucifijo que había en mi cuarto, en mi reducto privado. El colmo es que está situado donde en otros tiempos estaba la capilla de la casa, de la casa de la familia *Monster*. Lo rompí para fastidiar a los demás. Cristo ya sabía que yo estaba bien jodido. Ese seguro que fue un tío parecido al franciscano, pero de esos debe de haber pocos. A mí, cuando me oyen hablar así, me dicen:

—¡Te va a castigar Dios!

—¡Yo me río de tu Dios! —Y suelto la carcajada.

—¿Y si es cierto que existe?

—Si existiera tendría que ser alto, guapo, y sabría perdonarme porque yo tendría motivos para estar cabreado con él. Si es verdad que existe, ¿por qué se oculta tanto?, ¿por qué no aparece cuando lo necesitas? —Y se callan, no me dicen nada más.

A mí una de las cosas que más rabia me da en este mundo es eso de las centrales nucleares. ¡Me revuelve la sangre, tío! Dicen que se necesitan para producir energía. ¡Qué energía ni qué leches! ¡Sobra! Lo que pasa es que lo único que interesa es el dinero, y nos están dejando el planeta hecho una mierda. Yo siempre digo que la política no me interesa, aunque ya sé que me afecta. No sé mucho, pero me parece que todo está manipulado, que se predica una cosa y luego se hace otra. ¡*Moni, moni, moni!* ¡*Moni* soy yo! Eso es otra cosa. Siempre digo que me voy a hacer narcotraficante. Ganas mogollón de dinero y rápidamente. Y no lo digo sólo por cabreo, algunas veces lo pienso de verdad. Y para eso no hace falta ser culto ni estudiar nada; puedes ser un ignorante y sirves lo mismo.

El año pasado, cuando me dieron aquellas notas, me entraron ganas de coger por otro camino y no volver más a mi casa. Estuve a punto de hacerlo. Prácticamente ya lo tenía decidido, pero el capullo de mi padre, ni que se lo hubiera olido el muy cabrón, me tenía algo preparado.

—Sube al coche y espérame que vas a venir conmigo a la tienda.

Me callé, obedecí y me metí en el coche dando un portazo. Sabe que a mí eso de estar en la tienda esperando a que entre alguien, como el que aguarda a que la presa caiga en la trampa, no me va. Y no es un capricho, es que no respiro, tío, me quedo sin aire. Él se subió al coche, lo puso en marcha y a medida que aceleraba yo sentía que me aumentaba el cabreo. Me imaginaba transformado en un gato con el lomo arqueado y el rabo tieso e hinchado, listo para atacar. Ya me estaba viendo el resto del día detrás del mostrador indicando a algún pesado cliente los precios de cada cosa, incluso los que ya están expuestos, y sentía odio por mi padre. Llegué a pensar cosas que realmente no deseaba pensar: «Ojalá el coche se caiga por un terraplén antes de que lleguemos a la tienda». Incluso me planteé echar a mi padre de casa. La casa es nuestra, de Mariángeles y mía. La heredamos de mi madre. El día que nos dé la gana, lo largamos, pensé, como me siga machacando me piro o lo echo a él, me cago en la leche.

—Yo no voy a ir a trabajar a la tienda. Mándame otra cosa, pero a la tienda no quiero ir —le dije.

Es que la claustrofobia me puede, tío. ¡Me muero! Por eso, aunque sea pleno invierno, amanezco durmiendo con los perros; entran por la ventana.

—A ti lo que te pasa es que no tienes ni pizca de responsabilidad. Tu única obligación es estudiar, y mira las notas que traes. No sirves ni para estudiar ni para trabajar. No sé qué va a ser de tu vida, te estás convirtiendo en una verdadera calamidad, y en eso influyen las compañías, si lo sabré yo. ¡A saber la escoria con la que te juntas! Yo lo único que te pido es que estudies.

—A mí no me parece mal ser cocinero, pero no soy capaz de estudiar.

Es que me pide cosas imposibles, joder. De verdad que es algo superior a mí. Yo no puedo estudiar. Para mí no hay tortura mayor que cuando escucho: «estudia, estudia». Entonces todavía es peor. Es como si, cada vez que me lo dijeran, me echaran encima una losa más y más pesada, que me va sepultando hasta enterrarme vivo. Algunas veces sueño con eso y me despierto asfixiado. Tengo que ir corriendo a la ventana para respirar un aire más puro.

En todo el trayecto no volví a decir ni una palabra. Mi padre seguía con su monólogo, unos gritos criminales. En esos casos, si trato de decir algo, él lo toma como una ofensa y todavía despotrica más. Entonces es cuando me da la risa y eso lo fastidia muchísimo. Se pone como loco. Así que dejé de mirarlo para poder controlarme. Mi padre nunca me ha pegado. Eso nunca. Alguna vez me ha

amenazado, pero siempre se queda en promesas salpicadas de saliva que se incrusta en su descuidada barba.

Llegamos a la tienda y yo vi una moto que estaba aparcada allí delante. No le hice ni puñetero caso. ¡Qué iba a saber yo!

—Entra —dijo muy seco, sin lanzamientos de saliva.

Entré porque me dio la gana, no porque me obligara. Entré y no sé qué se quedó refunfuñando por lo bajo. Luego dijo medio cabreado:

—Coge estas llaves y llévate a casa esa moto.

Y yo pensaba: «¿Qué moto, tío, qué moto?».

Y en esto que me suelta:

—Esa moto que está ahí delante es para ti y para tu hermana. ¿La sabes poner en marcha?

—Sí.

Yo ya había ido en la moto de uno de los hermanos de Tito muchas veces. Me enseñó él a conducirla. La primera vez que monté fue con mi primo Pichón. Anduve mangado por Pontevedra sin que se enterara mi padre. Tendría unos doce años. Cerca de Marín le dimos un lechazo. Con mi primo Pichón siempre me llevé muy bien hasta que se echó chavala. Desde entonces no hemos vuelto a ir juntos a ningún sitio. Esta noche pienso llamarlo, quiero que me lleve a ver a Cali. Quiero verlo con mis propios ojos, quiero saber cómo está. ¡Joder con la chorba de los rizos! Está buenísima. A mí también me gustaría poder escoger. Ver una tía que te gusta, hipnotizarla y decirle:

—¡Ponte ahí! —Yo, como con el Maqui.

Lo que no puedo permitir es que Tito coja chavala, porque entonces... ¿yo qué? Yo no pienso liarme. Una cosa son esas tías que te encuentras en la *disco* de vez en cuando en medio de tantas otras, de vacile y tal, y otra cosa son las historias más serias. Eso lo dejo para mi padre. De verdad, a mí no me importaría que se liara con una tía, ni que se casara, ni nada. Él siempre dice que no se vuelve a casar mientras nos tenga a nosotros a su alrededor, que sólo lo haría de viejo si se sintiera muy solo. ¿Y de viejo quién lo va a querer? Este mi padre es la leche.

Bueno, el caso fue que me monté en la moto, arranqué y detrás vino él con el coche. Teresa se reía que se mataba desde la puerta de la tienda. Yo la veía por el espejo. Se evaporó el recuerdo de las notas y también las ganas de largarme de casa o de liquidar a mi padre. Fue como si me hubiera tomado un analgésico que me hiciera desaparecer el dolor. Estaba feliz.

Mi padre es un poco cabrón, llevaba años pidiéndole una moto y mira cuándo me la va a comprar, cuando saco las peores notas de mi vida. Creo que lo hizo con vista. Se tenía que operar de una rodilla y de esa manera yo podía arreglarme solo para ir a las clases particulares que me esperaban en el verano. Cuando era pequeño se quemó con gasolina. Lo quemó un imbécil de un taller. Había prendido fuego en una botella de gasolina, y en vez de dejar que se consumiera, el tipo aquel le dio una patada. Se puso nervioso. Al querer lanzarla fuera salpicó a mi padre y nada, que lo quemó. Hay

dos en mi familia que han tenido problemas con quemaduras, por eso yo estoy convencido de que somos la familia del diablo. Han tenido que hacerle varios injertos. También él se los hace a los perales. Como eran las primeras veces que esa técnica se experimentaba aquí, nada, quedó mal, no acababa de curarse. Se le formaba una costra encima de la herida, se le caía y le volvía a nacer otra.

—Tienes piel de serpiente —le he dicho en alguna ocasión.

Esta vez parece que ha quedado bien. ¡Ese injerto va a dar manzanas! Es de cachondeo. Con los adelantos esos de quitarte piel de un lado para ponértela en otro puede suceder que le vayas a dar un beso en la nariz a alguien y que te huela a queso porque le han injertado allí piel de un pie. ¡Son la leche!

Cuando Mariángeles llegó de Pontevedra, ella tampoco sabía nada, se quedó flipada. El autobús la dejó frente a la tienda; mi padre me llamó por teléfono a casa para que bajase con la moto a buscarla. Fui. Ella vio a un tipo delante de la puerta con una moto negra, un casco blanco... Y lo mismo que había hecho yo, ni puto caso. En esto que me ve entrar a mí con el casco en la mano.

—¿Adónde vas tú de esa manera? ¿Te ha traído Tito?

—Venga, móntate que te llevo a casa —digo yo muy chulo.

Se puso a llover que no veas, pero no nos importó. Quiso conducir ella un rato, pero no tiene ni idea. Se pasa la vida estudiando y, así, ¿cómo va a saber conducir una moto? Ahora casi hace un año que la tenemos. Ya he tenido tiempo de darme varias leches. En eso de las caídas soy más veterano que Alex Crivillé.

12

La primera vez que me llevé un leñazo fue con la moto de Tito, bueno, con la de su hermano mayor. Él se la cogía sin pedirle permiso. Si se la pedía no se la dejaba. Se la destrozamos y yo me di un golpe del que me van a quedar secuelas para toda la vida. Tito se dislocó un dedo y una pierna, pero yo acabé con un codo que creo que todavía me sigue doliendo.

No sé cómo sucedió. Debía de estar loco. No iba haciendo caballitos ni malabarismos ni nada. Conducía por una recta. Estoy por apostar que Tito debió moverse en el asiento de atrás o que algo le pasó a la rueda delantera, si no, no tiene explicación. Bueno, es verdad que íbamos haciendo algunas curvas, pero nada más. En esto, quiero enderezar la moto, no sé qué coño pasó en el manillar y ta-ta-ta. Me fui de cabeza contra las paredes de la antigua escuela. La moto saltó por los aires y

nos arrastró.

Tuve suerte porque llevaba un jersey de lana recién estrenado, que me amortiguó el golpe. Me había costado casi diez mil pelas. Después de ese día quedó inservible. Lo destrocé por completo. En el momento del golpe no me dolía nada. Lo que más me jodía era la moto. Me di cuenta de que tenía el codo machacado cuando llegué a casa. Había sido un golpe criminal, pero no dije nada. Yo mismo me hice las curas y me vendé. Estuve por lo menos una semana limpiándome la herida, echándole *betadine* y cosas de esas, y Tito, al día siguiente, se fue de excursión con los de su curso, a pesar de que tenía el dedo hecho puré. El caso fue, mira qué pirados estábamos, que cuando llegamos con la moto al garaje, antes de preocuparnos por nosotros, lo primero que hicimos fue atender a la moto. Mi jersey, si lo exprimía por el codo, chorreaba sangre. El pantalón también estaba roto y ensangrentado. Entré en casa a buscar pegamento rápido e iba dejando por las escaleras y el pasillo huellas frescas de mi sangre.

—¿De qué es esta sangre? —preguntó mi padre.

—Es... de la carne para los perros —me escabullí.

Cogí el pegamento, salí corriendo, y antes que ninguna otra cosa tratamos de disimular los desperfectos de la moto. Para entonces ya me empezaba a doler, pero teníamos que dejar el faro disimulado. Lo fuimos pegando con la paciencia de unos profesionales del detalle; pieza a pieza compusimos aquel rompecabezas luminoso. Lo dejamos que se secase y fue entonces cuando empezamos a ocuparnos de nosotros mismos. Además teníamos que dejar la moto donde la habíamos cogido antes de que el dueño se diera cuenta de su falta. Con anterioridad ya le habíamos jodido otra al Lengua Ligera. Tito se fue con el dedo hinchadísimo.

Ahora tengo mi propia moto; no es como la de mi padre, pero algo es algo. Con el dinero que ganemos con el vídeo de caza, a lo mejor saco para una de esas, una *Yamaha 400*, que pesa un montón. Es como las que tenía antes la Guardia Civil.

¡Jo! ¡Cómo pasa el tiempo! Tengo que ponerme a hacer algo por ahí para convencer a mi padre de que nos lleve a Caldas con los perros. Si vamos en el tractor tardamos mucho y los perros se asustan, se ponen nerviosos; quiero que lleguen tranquilos.

Cuarta parte

1

¡Manda huevos con el día de ayer!, fue movido a tope. Incluso fui a segar hierba sin que me lo hubieran mandado; se me debe de estar debilitando la sangre. Barrí el corral para que no se ensuciaran los perros. Los cepillé a base de bien. Ellos, la madre que los parió, se dejaban hacer como si supieran que iban a ir a un concurso. Son presumidos como yo. Les dejé el pelo brillante como si pertenecieran a un faraón egipcio. ¡Qué profesional! Los lustré a tope. Después me lustré yo. Me duché y me puse la camisa rosa, la de los grandes acontecimientos. Me miré en el espejo y me aprobé. No soy capaz de pasar por delante de un espejo sin ponerme tieso y sacar pecho. Antes de comer llamé a Tito.

—No te olvides de lo de esta tarde. Dentro de un rato estoy ahí.

Llegó mi padre y nos pusimos a comer. Siempre come con nosotros Amalia, que es la que nos viene a hacer la limpieza y esas cosas. A mí al principio me daba rabia hablar de ciertos temas delante de ella, ahora me he acostumbrado a verla en la mesa y paso, es como un cubierto más.

—Papá, ¿vienes con nosotros esta tarde?

—¿Y eso? ¿No tenéis vuestro vehículo?

—Es que hace mucho calor y ya sabes que los perros sufren allí dentro tanto tiempo. Quiero que lleguen en las mejores condiciones.

—Tú y tus perros...

Esa respuesta significaba que aceptaba. Hasta le serví el café. Ayer lo hice yo.

—¿Tienes mucha prisa? —me preguntó al ver el detalle.

—No... es que tenemos que pasar por casa de Tito para recogerlo a él y a la Muñeca. Yo voy engancho el remolque.

—¿No acaba de parir?

—Sí, pero la quiere llevar igual.

Cuando llegamos a Caldas nos llevamos una sorpresa del carajo. Nosotros habíamos pensado que seríamos los únicos. Tío, aquello estaba lleno de perros como si dieran regalos para todos. Eché un vistazo rápido buscando algún ejemplar extraordinario para desear que desapareciera automáticamente de mi vista, o de la del jurado. No lo encontré. Los nuestros seguían siendo los mejores. ¡La leche! Cuando

dijeron mi nombre sentí algo muy diferente a cuando lo escucho por la megafonía del instituto para ir a dirección.

—¡Francisco Sánchez Loiro!

Me acerqué con mis perros. Tito venía conmigo. ¡Dios, qué bien se portaron! Parecía que el corazón se me hubiera salido del pecho y se estuviera paseando por todo mi cuerpo. Todavía no me lo creo. ¡El Maqui fue el rey de la exposición! Lo mismo que yo soy a veces el rey del baile. Somos iguales. Ha cogido una fama impresionante. Estaban allí los presidentes del club de Sevilla y de no sé qué otro sitio. Le han dado un certificado de raza de podenco andaluz, me van a traer una tatuadora para que lo marque por si alguien pretende robármelo... ¡Y me van a hacer socio del Club del Podenco Andaluz! Y me van a dar un certificado donde se declara que es un perro recomendado para la cría. ¡Yo alucino! Me parece como si el mundo estallara en estrellas de mil colores y se hiciera mejor de repente. Hasta pienso mariconadas y me siento poeta.

Ahora la campeona de España de esta raza, si quiere tener un asunto con Maqui, me la traen aquí y, ¡hala! Puede participar en exposiciones por todo el país... Maqui se ha convertido en una especie de Tom Cruise canino. Ya allí mismo me lo querían comprar varias personas. No saben que yo no vendo lo que quiero, aunque me muera de hambre.

El Trasgo me falló, no le han dado los papeles por culpa de un defecto genético que tiene en el pelo. No es homogéneo. Me han dicho que es un podenco auténtico, pero que es un cruce entre pelo fino y pelo largo. El Maqui es de pelo duro. Ha sido una pena lo del Trasgo. Y todo porque en la parte de atrás de la cabeza tiene el pelo algo largo.

También me descalificaron a la Nata porque le falta un diente. Me cago en la leche, si lo llego a saber le pongo uno postizo, de esos fijos como los de mi padre. No se notan.

El Maqui es perfecto. Hasta me aconsejaron que lo lleve a un concurso de belleza de ámbito estatal, porque tiene posibilidades de quedar entre los primeros. El caso es que ha sido criado aquí. Es una raza autóctona de mi pueblo. Son varias generaciones que se han criado aquí, en casa de mi tío Casto..., y me lo han declarado podenco andaluz. No sé si no sería más exacto llamarlo podenco gallego. Y eso que eran muy estrictos. Allí había montones de podencos y sólo les dieron el certificado de raza a dos. A mí, ¡la hostia!: raza, apto para cría, tatuadora, miembro del club... Tengo que pagar cuatro mil pesetas al año, a ver si se las quito a mi viejo. Cuando hayamos hecho el vídeo se lo podemos mandar a los de Sevilla, a ver qué nos aconsejan.

2

Se puede decir que el día de ayer lo viví tan intensamente, tan a tope, que fue como una especie de apocalipsis que puso fin a montones de acontecimientos que se venían precipitando sobre mí y que últimamente amenazaban con tragarme y convertirme en moléculas desintegradas. Así que ahora no quiero hacer nada, sólo estar así, tumbado, equilibrando el alma.

Cuando regresamos con los perros, mi padre estaba contento. Aunque Maqui es mío, él también lo tiene como cosa suya y andaba todo ufano. Pensé: «Hoy le puedo pedir lo que quiera».

—¿Me dejas ir a Pontevedra?

—¿Por qué quieres ir?

—Quiero preguntarle unas cosas a Mariángeles y así aprovecho para hacerle una visita a la abuela.

—¿Vas a ir en la moto?

—Iré con cuidado. Me quedo allí a dormir y ya no ando circulando por la noche, ¿eh?

—No salgas a hacer el golfo.

Me callé, que es lo más inteligente que se puede hacer en estos casos. Me fui a Pontevedra. Moría de ganas de ver a Cali, de comprobar hasta dónde llegaba su deterioro, hasta qué punto la apreciación tan desoladora de mi hermana no era una exageración. Cuando llegué me fui derecho a la habitación de Cali. No estaba allí. Entré en el cuarto de Mariángeles; ni se enteró. Estaba estudiando como siempre. Si hubiera sido un ladrón, lo habría hecho con la misma facilidad; aunque, supongo, un ladrón no tiene las llaves del piso. La observé en silencio. Su postura era la habitual, semejante a la de cualquier otra ocasión: en una mano el bolígrafo, al que daba vueltas y más vueltas como si eso le sirviera de vitamina para resistir el desgaste mental que producen los libros, y la otra sosteniendo la cabeza para que el cerebro no se le cayese extenuado. De vez en cuando se enderezaba y aprovechaba para jugar inconscientemente con un mechón de pelo y hacer los típicos rizos de las horas de estudio. A juzgar por los pelos que tenía, debía de llevar un buen rato sentada en aquella silla.

—¡Hola! He venido a dormir aquí.

Ni se inmutó, como si yo fuera un fantasma. Luego me miró, me sonrió y siguió jugando con el pelo y concentrada en su libro. Yo ya no pude contener por más tiempo mi curiosidad.

—¿Y Cali?

—No sé. ¿Por?

—Por nada. Por saber dónde anda la gente.

—Pichón y la abuela están a punto de llegar. La ha llevado al cementerio y a la vuelta iba a aprovechar para visitar a no sé quién.

—He venido para salir a dar una vuelta con Pichón.

—Ten cuidado, Moni.

—¿Vas a venir a casa el próximo fin de semana?

—Tengo mucho que estudiar.

—¿No estás mejor allí?

—Es que todo lo tengo aquí.

—Llévatelo. Me apetece robarte un poco de tu tiempo.

—¿Sí? Creo que a mí también me gustaría hablar un rato contigo.

Es gente guapa esta hermana mía. No me extraña que ande por ella el pirado ese que en el verano aparece por la aldea en bicicleta desde Pontevedra. Y todo para hablar unos minutos con Mariángeles. Ella no claudica, sólo derecho a roce como se dice. Lo primero es lo primero, estudiar. ¡Qué gusto más extraño!

3

Me di cuenta de que deseaba seguir castigando las neuronas y salí de la habitación. Le agradecí que no hiciera como todo el mundo, que no me preguntara si tenía problemas. Di unas vueltas por el piso con la esperanza de que apareciese Cali por algún sitio. Abrí los armarios, pensé que si de verdad estaba tan delgado, pudiera ser que se hubiera quedado colgado, por despiste, dentro de una camisa. Es broma. Lo cierto es que no estaba ni apareció por ninguna parte. Me tumbé en el sofá de la sala y encendí el televisor, por tener sonido de voces humanas. ¡Por fin! Alguien subía en el ascensor. Podía ser Cali. Por si se escurría, salí a abrir corriendo. Eran la abuela y mi primo Pichón.

—¡Vaya milagro, chico! ¿Qué te trae por aquí?

Por toda respuesta le di un beso. A la abuela esa es la mejor contestación que se le puede dar, un beso, es lo que más agradece. Supongo que a esa edad recibir un beso de un tío como yo... Le hice señas a Pichón y nos fuimos a otro cuarto mientras la abuela se metía en la cocina.

—Quiero que me llesves contigo esta noche; necesito ver a Cali.

—Moni, ándate con cuidado.

¡Joder! Me dice que tenga cuidado, ¡pero si estamos informados! Me fastidia que siempre estén con lo mismo. Conozco de cerca a mucha gente de esa. Y si tú lo tienes muy claro, no hay quien te derrumbe. Mi curiosidad estaba centrada en una persona concreta, en Cali. Quería ver con mis propios ojos el cambio que había

experimentado desde que había empezado con los porros. No me cabía en la cabeza lo que había escrito Mariángeles. Yo había pasado con él muy buenos ratos. Era un tío cojonudo, lleno de ideas geniales. Se le daba de maravilla la electrónica y esas cosas, desde muy joven. En casa siempre nos lo ponían de ejemplo: «Ése va para ingeniero industrial». Hacía más de un año que yo no lo veía.

Después de mucho insistir, Pichón aceptó llevarme con él. Primero subió a su casa y nosotros tres cenamos en la cocina. Tortilla de patatas con salchichas y tomate. La abuela, cuando llego sin avisar, siempre me hace lo mismo. Sabe que me gusta.

—¿Se puede saber a qué has venido? Tú te traes algo entre manos. Cosas de chicas, ¿eh?

—He venido para preguntarle unas cosas de *mates* a Mariángeles.

Mi hermana sonrió pero no dijo nada. Nos callamos todos, ya nadie dijo nada más. La radio de la cocina se encargó de poner ambiente dentro de aquel silencio. Sonó el timbre de la puerta.

—Me marchó, es Pichón. Voy con él a dar una vuelta. Enseguida volvemos.

—Ten cuidado, Moni.

La abuela creo que ni se enteró, estaba ya participando con toda el alma, completamente enganchada, en su programa-concurso favorito. Le guiñé un ojo a Mariángeles, siempre da seguridad, y me fui a hacer mi investigación nocturna.

—Volvemos pronto, ¿eh? No me gusta andar por ahí de noche sin la chorba. Después...

¡Madre mía! Lo que ha cambiado este tío. Ha cambiado y ha sabido escapar de todo eso, pero sigue conociendo los sitios. Llegué a suplicarle que me llevase donde pudiera estar Cali. Fuimos hasta el Campillo y tomamos allí unas cervezas. Se acercaron un par de tipos a ofrecernos.

—¿Queréis material?

Un movimiento de cabeza negando es suficiente; no se gastan muchas palabras. Había gente de la edad de mi padre por allí tirada, y eso te hace sentir francamente mal. Piensas, si llega a estar mi padre en una situación así... Yo, como iba con Pichón, nada, pero pasó por allí una pareja de personas mayores y... Debían de ser extranjeros, si no, no hubieran pasado. Toda aquella gente se quedó mirándolos como si fueran profanadores de un templo sagrado. Nos dimos cuenta porque había mucha fiesta, mucho jaleo, mucho cachondeo, y de repente se apagaron las voces, todas a la vez, como quien enciende la luz y te pilla haciendo cochinas. Ellos también se sintieron extraños al notar que eran observados, se miraron como si los hubieran cogido en pelotas y apretaron el paso. Circular por ese sitio es la leche.

Me dijo Pichón que ahora allí no se chuta nadie. Eso era hace años. Por lo visto esa zona está muy controlada por la policía. El que va allí es para beber y para fumar porros. ¡Había hasta mujeres viejas liando porros! Todos allí... Pichón tiene muchos conocidos porque él también vivió este ambiente, pero asegura que nunca estuvo enganchado, que para él fue como fumarse un cigarro, lo que pasa es que te pone

como si te hubieras bebido unas cervezas... Te pone contento o triste según el ambiente en el que entres. Si estás en un sitio depresivo, te deprime; si estás en un sitio de cachondeo y de euforia, te pone a cien. El ambiente te sugiere, y llega un momento —es como una cadena— en que ves que amigos tuyos toman otras sustancias más fuertes y te toca escoger: o separarte de ellos o hundirte con ellos. Si se te ocurre probar... así es como empiezas. Tú decides. Pichón se alejó de todo eso. Yo soy más joven y he sabido renunciar antes, soy un tío, soy más fuerte. No es cierto que te metas porque te engañan desconocidos. Si tú no quieres no te metes. Y aunque te lo ofrezca un amigo, siempre puedes decirle que no.

4

Lo de ayer fue demasiado, demasiado sin duda. Yo insistía en querer ver a Cali y Pichón en que era mejor que no lo viera y volver a casa. Cuanto más insistía él, más ganas tenía yo de verlo. Era como si me estuvieran hablando de un desierto y cada vez sintiera más sed.

Hay países en los que no se permite ese espectáculo por la calle, los machacaría la policía. Yo creo que a los que hay que machacar es a los traficantes. Pichón dice que aquí lo tienen ahora más difícil, que se tienen que chutar en locales privados o irse al monte.

Anduvimos durante un rato. No sabría decir si ayer hacía frío o si era yo el que atraía moléculas heladas hacia mi piel. Estaba temblando. No sé por qué miré hacia un lado, me cago en la leche, había allí un tipo con el pelo largo tirado en el suelo. Parecía un esqueleto. Impresionaba bastante.

—¿Te afecta? Pues la pinta de ese fulano no es nada comparada con la de Cali, así que ya está bien, nos vamos a casa. La abuela debe de estar preocupada por ti —dijo Pichón.

No me podía marchar, hubiera dado la vida por ver a Cali. Muy serio, le aseguré que si él no me llevaba a donde estaba Cali, iría yo solo, lo encontraría aunque lo tuviera que buscar toda la noche.

—Mira, Moni, Cali antes se dedicaba a pedir en los semáforos y a hacer de taxista con los estudiantes de Monteporreiro, pero ahora ni eso.

Yo tenía la imagen de mi tío Cali como la de un *pijo*, con ropa de marca, pelo corto, bien peinado y mirada de dueño del universo. Tenía que ver cómo había cambiado. Ojalá me hubiera dejado convencer por Pichón y no lo hubiera hecho.

Seguimos caminando por una Pontevedra muda en la madrugada de algunas calles hasta llegar a los soportales del Museo. El cabrón de Pichón sabía el sitio exacto donde lo íbamos a encontrar, pero no me quería llevar. Seguramente allí estaban los más pringados, los droga pura, los mierda total. No se oía ni un ruido. Junto a una de las columnas de los soportales dormitaba un envoltorio agonizante. Lo miré. A su alrededor otros bultos semejantes. Eran paquetes bomba solitarios, terminales, que acabarían consumiéndose a sí mismos. ¡Qué pasada! Me recordaron la estampa grabada en mi memoria desde niño de los pecadores condenados a las penas del infierno. ¡Dios, qué impresión!

Yo, Francisco Sánchez Loiro, habituado a leer todo cuanto cómic de terror cae en mis manos sin perder la integridad, acostumbrado a soportar injusticias, sesiones de espiritismo..., me desintegré. Se me descompusieron la sangre y el espíritu. Salí de allí corriendo y sentí que las lágrimas me quemaban en los ojos. Lloré después de tantos años, como quien vacía una piscina de aguas contaminadas. Quise convertir en líquido salado aquella imagen de mi tío Cali, aquellos pellejos que no me reconocieron, ya sin ojos, que no se sostenían en pie, que viajaban hacia un pozo sin fondo rodeados de seres extraños, y luché para recuperar en mi mente la imagen de aquel *pijo* juerguista con quien tan bien lo había pasado en las *fiestas* de La *Peregrina*. Huí de aquel infierno de pesadillas como de un túnel de sangre.

Llegamos a casa en silencio. Ni un solo comentario. Pichón subió a su piso y yo me quedé en el segundo. Entré, cerré la puerta y sentí cómo mi abuela apagaba la luz con un suspiro de alivio.

En el dormitorio había un enorme espejo que duplicaba el espacio. Lo miré y vi reflejada mi imagen completa. Me recordó el que tiene el director del instituto en su despacho y que me ha servido en ocasiones para entretener las esperas en las resoluciones de mis faltas graves. Me acerqué a él despacio mientras me quitaba la ropa. Me gusta conversar conmigo mismo de vez en cuando.

—¡Hola! ¿Sobrevives?

Como siempre, la imagen del espejo se limitaba a mirarme y a imitar mis movimientos. No tuve ganas de estar allí de pie, pensando delante del vidrio. Apagué la luz. La noche empezó a tomar formas nuevas como si fuera la hora de despertar. Abrí la ventana y saqué la cabeza. Miré hacia arriba. La luna salía de detrás de una nube, noté que una extraña complicidad me llegaba de no sabía qué cielo, y me acosté. Aquella brisa fue invadiéndome los músculos y los pensamientos. Pensé en mis perros: en el Maqui, la Gus, el Trasgo, la Nata... Pensé en el próximo fin de semana en moto con Mariángeles, conduciendo ella... Acaricié con el pensamiento aquel libro, *Anagnórise*, que tenía sobre la mesita de mi cuarto en la aldea. Lo leería. En el aire parecía escucharse una carcajada y me dormí sonriendo, con una sonrisa profunda que me salía de muy adentro.



Fina Casalderrey Fraga (Xeive, provincia de Pontevedra, 1951). Es una escritora española, profesora de educación secundaria, estenógrafa vocacional, gastronoma, conferenciante y periodista. Ha sido premiada varias veces por sus obras literarias, gastronómicas y periodísticas, y traducidas a todas las lenguas de España.